

EL
ULTIMO
DE LA
PROMOCION

Fred Hercey

FBI

FRED HERCEY

El último de la Promoción



Título del original, en inglés
RANKING THE LAST

DERECHOS RESERVADOS
© EDITORIAL BOLLAN, Madrid, 1962
PRINTED IN SPAIN



AMARO GARCÍA, 17. Tel. 239 20 07
MADRID-5

N.º Rgto. 4.152.—1962
DEPÓSITO LEGAL: M. 16.527.—1962

JOSE RUIZ ALONSO - Impresor - Guisones, 3 - Tel. 234 86 51 - Madrid

I

EL automóvil, un «Ford» de roja carrocería y potente motor, frenó con leve chirrido junto al surtidor de gasolina. El conductor, de rostro hermético, se volvió a los dos ocupantes del asiento posterior, ocultos a miradas curiosas tras las tupidas cortinas que cerraban todas las ventanillas.

—Hemos llegado, inspector —dijo.

—Bien; diga al encargado del surtidor que llene el depósito. Y creo que nos ha llegado a nosotros también la hora de «repostar». Tengo un hambre de lobo. Y la garganta más seca que el esparto.

El conductor se apeó y abrió la portezuela de atrás con deferencia.

El inspector Dix, del
F. B. I.;

unos cuarenta años de edad, de estatura media, maciza contextura y una mirada agresiva, descendió del coche.

Se volvió rápido, apenas sus pies tocaron el piso de cemento que rodeaba el edificio destinado a surtidor, y contuvo con un ademán de su diestra el gesto de su acompañante, que intentaba bajarse tras él.

—Usted no, Cameron —le dijo con amabilidad no exenta de la firmeza propia del hombre habituado al mando—. Será mejor que espere ahí. Un simple descuido puede dar al traste con todo. Le traeré un bocadillo. Y cerveza.

Cameron Long hizo un gesto de resignación. Llevaban casi veinticuatro horas metidos en aquel cacharro. Estaba seguro que cuando llegaran al término del viaje, le sería punto menos que imposible estirar las piernas. Las tenía anquilosadas. Pero no había más remedio que obedecer.

Antes de cerrar la portezuela miró nostálgico la puerta del bar anexo al taller de reparaciones, de cuyo interior emergían las cálidas notas de una melodía suramericana.

Se apoyó indolente en un ángulo del asiento y esperó la llegada del inspector trayéndole el refrigerio.

Cameron Long tenía veinticinco años. Era alto y delgado. Labios gruesos, sensitivos, facciones correctas y ensortijado cabello, cuyos rebeldes mechones se desbordaban frecuentemente sobre su frente.

Se preguntó a qué obedecería el misterio con que el inspector Dix se empeñaba en rodear el viaje.

Rehusó responder. Eran muchas las veces que se había formulado esa misma pregunta. En ninguna ocasión había encontrado una respuesta adecuada. Y, esta vez, no quiso devanarse los sesos en hallarla. Ya debía faltar poco para alcanzar la meta final del largo viaje. El tiempo le traería la solución que, en vano, se esforzaba por encontrar.

Sonrió en la semi penumbra. Una sonrisa irónica la suya. Seguro que no lo querían para participar en ningún caso especial. En la Academia de Quántico, de donde había salido hacía escasamente una semana con el título de agente del

F. B. I.,

no se había distinguido precisamente por sus buenas cualidades policíacas. Mala cabeza, peores dotes de investigador y una regular puntería. ¡El último de la promoción! Eso era lo que el inspector Burdell había dicho de él, al entregarle el despacho.

—«No llegará muy lejos en el F. B. I. —había agregado—. Tiene corazón. Pero para ser un buen agente, hace falta también tener cabeza. Y usted no la posee, Cameron Long...».

Acentuó su sonrisa. Una sonrisa jovial, de niño grande.

El inspector Dix cortó el hilo de sus pensamientos.

Empezó a comer el bocadillo.

Antes de que hubiese tenido tiempo de terminarlo, sus acompañantes ocuparon sus puestos respectivos en el coche.

Alcanzaron Fresno tres horas después. Soslayaron las calles céntricas de la ciudad, recorrieron varias callejas de los suburbios a regular velocidad, hasta llegar frente a la cárcel. Una imponente construcción de piedra, cuya entrada recordaba la pasada época de la dominación hispano mexicana.

Rodearon el edificio, deteniéndose frente a la entrada posterior.

Dos uniformados policías, el arma al brazo, les franquearon la imponente puerta.

—Hemos llegado, Cameron —le habló el inspector, al tiempo que el conductor aplicaba el freno, deteniendo el vehículo en el centro del gran patio—. Dispóngase a bajar. Pero deberá hacerlo adoptando ciertas precauciones. Súbase el cuello de la americana. Y cálese el sombrero hasta los ojos. Es imprescindible que nadie le vea el rostro.

Long se limitó a cumplir al detalle las órdenes del inspector. Sin hacer comentario alguno. Atravesaron el patio, en dirección a una de las múltiples puertas que se abrían en ambos flancos y en el frente.

Ascendieron una empinada escalera de altos y desgastados peldaños de piedra. La escalera desembocaba en un estrecho corredor, que se extendía a ambas direcciones.

Dix se encaminó resueltamente por el corredor de la izquierda, seguido del joven agente. Fue entonces cuando éste se dio cuenta que el conductor no había subido con ellos.

Torcieron por una bifurcación, a lo largo de la cual enlazaban una sucesión de nuevos pasillos.

El inspector no vaciló lo más mínimo. Parecía conocer aquel laberinto con tanta fidelidad como la palma de su mano.

Cameron empezó a sentir un cosquilleo especial en su cuerpo. No acertaba a discernir el por qué, pero intuía que aquella extraña aventura iba a ponerse al rojo vivo. Y él iba a encontrarse en el centro del fuego.

Esbozó una tenue sonrisa. Quizá, después de todo, sus cualidades policíacas no eran tan malas como el inspector Burdell se había empeñado en recalcarle.

Dix golpeó con los nudillos una puerta, cuya parte superior la componía un grueso cristal tallado. Abrió cuando una voz del interior le invitó a pasar. Entraron.

Cameron estudió con atención a los dos hombres que se encontraban en el interior del despacho, sobriamente amueblado.

Conocía a uno de ellos. El inspector Butcher, jefe del Departamento de Homicidios del F. B. I.,

en San Francisco. Había girado una visita a Quántico meses atrás.

El otro, grueso y de cabeza enteramente calva, le fue desconocido.

Se trataba del Director de la Prisión. Parecía nervioso. Al menos lo estaba cuando estrechó la mano del agente, al hacer Dix las presentaciones.

Butcher se puso en pie y miró de hito en hito al joven agente antes de empezar:

—Seguro que se habrá preguntado infinidad de veces a qué se debía la reserva con que Dix la ha conducido hasta aquí.

—Desde luego.

—Bien. En seguida comprenderá que toda esa reserva era absolutamente necesaria. Sígame, Cameron. Quiero enseñarle algo antes de entrar de lleno en las explicaciones. Y puede considerarse en acto de servicio a partir de este preciso instante. Lo está ya desde el momento en que Dix le ordenó subir al coche que le ha conducido a Fresno.

Atravesaron un dédalo de corredores. Butcher abría marcha. Long caminaba tras él, procurando adaptar su paso al rápido y nervioso del inspector jefe. Dix y el director iban en retaguardia. Resoplando este último como un viejo fuelle.

Descendieron una empinada escalera de caracol que parecía internarse en el fondo de la tierra.

La escalera terminaba en una sólida puerta de acero. Junto a ella, montando la guardia, un agente de paisano provisto de ametralladora Saludó a Butcher secamente. Y pareció ignorar a sus acompañantes.

El director se adelantó empuñando un pesado llavero.

La puerta se abrió al fin con un gemido quejumbroso.

Butcher se adentró en el oscuro pasillo. Encendió un potente foco eléctrico y caminó despacio, seguido de los tres hombres.

Hacía frío allí dentro. Un frío de tumba, que parecía penetrar hasta los tuétanos. La humedad se «palpaba». Precia pegarse al rostro, como una helada caricia de la muerte. Y olía a sitio cerrado. A suciedad y a moho.

Las celdas de castigo. Los hombres que iban a parar allí permanecían durante días y semanas enteras sepultados en vida. Completamente a oscuras y sin oír otra voz que la suya propia.

Algunos habían enloquecido temporalmente a fuerza de gritarse para entenderse consigo mismo.

Butcher se paró ante la tercera puerta, a la derecha. Enfocó la sólida cerradura y el director se apresuró a abrirla.

Entraron.

El agente clavó la mirada en el tosco camastro de hierro arrimado a una de las paredes laterales. Sobre el camastro, un cuerpo tendido. Inmóvil. Trágicamente rígido. La piel de su rostro había adquirido un extraño tinte blanco amarillento. La palidez de la muerte.

—Aproxímese, Cameron, y examine las facciones de ese hombre.

La voz del inspector jefe Butcher, al decir esto, adquirió una extraña resonancia entre las húmedas paredes de la celda.

Long se acercó al cadáver. Se inclinó sobre él cuando Butcher dirigió el haz de luz sobre el pálido rostro.

Se sobresaltó ligeramente. Porque aquel hombre se parecía a él como una gota de agua a otra gota.

Lo examinó detenidamente.

La misma frente, idéntica nariz, la boca y hasta los rebeldes mechones del ensortijado cabello desbordándose sobre la frente.

Se incorporó.

Allí existía una coincidencia extraordinaria. Aquel hombre era exactamente igual a él. ¿O acaso era él quien resultaba ser idéntico al hombre muerto?

—¿Qué le parece esto, Cameron? —preguntó Butcher.

—Asombroso. ¿Quién es este hombre? Q mejor, ¿quién era este hombre?

—Joe Morris. ¿No ha oído hablar de él?

—Pues... me parece que no.

—¿No lee nunca la prensa?

—Alguna vez. Cuando no tengo otra cosa.

—Le recomiendo leer toda clase de periódicos de ahora en adelante. Aprenderá mucho en ellos.

—Creo que por lo menos la mitad de lo que cuentan los periódicos, es mentira.

—Desde luego. Por eso le he dicho que se aprende mucho leyéndolos. Tenga en cuenta que más de la mitad de lo que le diga cualquier delincuente que someta a un interrogatorio, también va a

ser mentira. Aprenderá a discernir y separar una cosa de la otra.

Sonrió. A pesar de la presencia del cadáver.

—Lo tendré en cuenta, señor.

Salieron todos.

Butcher los condujo nuevamente al despacho.

Los resoplidos del director se acentuaron al ascender la empinada escalera de caracol. Parecía una vieja locomotora, con escapes de vapor por todas partes.

Cameron aceptó el cigarrillo que le ofreció el inspector. Y el asiento.

Butcher se fue derecho al grano.

—Joe Morris era un producto de los bajos fondos de San Francisco. Un hombre audaz. Duro, tenaz, cruel a veces... Usted sabe cómo es esa clase de gente. Entre otras muchas cualidades, malas todas ellas, estaba conceptuado en el mundo del hampa como un virtuoso del fusil ametrallador. Jamás le temblaba el pulso. Ni vacilaba en disparar. Lo mismo contra un ejército armado hasta los dientes que contra una indefensa mujer o un chiquillo.

Carraspeó repetidas veces antes de proseguir:

—Joe perteneció estos últimos años a la banda de Raúl Backer, alias «El Buitre». Hace seis meses dieron un golpe en Colorado Spring. Se apoderaron de cien mil dólares y los planos de un avión atómico. Mister Carrefour, su inventor, los había depositado en la caja fuerte del «First National Bank», de Colorado Spring, mientras esperaba la respuesta del Gobierno para proceder a su estudio y probable construcción. Hasta aquí le he relatado la historia del asunto lisa y llanamente. Ahora voy a adentrarme en el terreno de las conjeturas y las suposiciones.

Volvió a carraspear ruidosamente. Una inveterada costumbre suya.

—Fue el propio Joe Morris quién se apoderó de los planos, creyendo quizá que se trataba de un manojo de valores. Luego, al examinarlos, debió creer que había cometido un error al apoderarse de ellos. Hasta que mister Carrefour se fue de la lengua ante los periodistas. Entones comprendió que poseía algo que podía proporcionarle una cantidad mayor que la sustraída por la banda en dinero contante y sonante. No pudimos probarles nada. A pesar de tener la plena seguridad de su culpabilidad en el hecho. Es

indudable que nuestras leyes hacen agua por muchas partes.

Nuevo carraspeo por parte del inspector:

—Todos los miembros de la banda fueron sometidos a estrecha vigilancia. Eso nos ha permitido formar afinadas hipótesis e incluso conocer la verdad con todo detalle.

—La verdad teórica, ¿no, inspector? —ironizó el joven—. Porque imagino que las pruebas continúan brillando por su ausencia.

—Exactamente, Cameron.

—Bien; ¿cuál es esa verdad?

—Joe se negó a que los planos pasaran a formar parte del botín. La idea de cogerlos fue exclusivamente suya y suyos debían ser también los benéficos. Esa actitud le granjeó la enemistad de sus compañeros. Lo que no le arredró ni mucho menos. Ya le apunté antes que Joe era un virtuoso del ametrallador. Se independizó. Y se dispuso a vender cara su vida y la fortuna que tenía entre sus manos.

«El Buitre» no le perdonó la defección. Envío un par de hombres para hacerle entrar en razón. Las razones se las «tragaron» ellos al final. Los dos reposan el sueño eterno en un cementerio de San Francisco.

«La banda estrechó el cerco. Y Joe tuvo que salir huyendo de San Francisco. Le cerraron el paso aquí, en Fresno. Entonces se salió por la tangente. Ametralló un escaparte y maltrató al policía que trataba de arrestarle». Debió suponer que las paredes de la cárcel eran las únicas capaces de brindarle una seguridad absoluta en la precaria situación en que se hallaba. Claro que eso sólo suponía una tregua. Una tregua de cinco meses, que fue la condena impuesta por el tribunal.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Lo sometí a un careo. Pero Joe se las sabía todas. Me fue imposible cogerle en falta.

»Hace una semana arrojó un plato de comida a la cara de un guardián. Buscaba sin duda prorrogar un poco más su estancia en la prisión. Pero el director —señaló al gordo—, se limitó a encerrarlo en una celda de castigo. Debía permanecer en ella hasta mañana, fecha señalada para la terminación de su condena. Ayer... Bueno, cuando le bajaron la comida, lo encontraron tal y como lo hemos

visto hace unos minutos. Un poco menos tieso, pero tan muerto como ahora».

—¿Y los planos?

—Desconocemos su paradero en absoluto. Durante su estancia en la prisión, no ha intentado comunicarse con nadie del exterior.

—¿Entonces...?

—¿Para qué cree que he ordenado al inspector Dix traerle aquí? ¿Acaso pensó que venía a California de excursión?

Cameron lo comprendió todo de repente. El porqué de su viaje a Fresno y, más concretamente por qué Dix le había rodeado mientras recorrían las millas que separaban Prescon de Fresno.

—De forma que a partir de mañana —comentó— dejaré de ser quien soy en realidad.

—Exacto, Cameron. Pero, en lugar de mañana, pongamos que deja de ser quien es a partir de este preciso instante. He recibido un amplio informe del inspector Burdell. Debo confesarle que no es muy halagüeño para usted. Pero lo que a simple vista parece un defecto, puede resultar una virtud ante las perspectivas. Ha tenido ocasión de ver a Joe Morris. Los dos se parecen de un modo asombroso. Joe tenía más corazón que cabeza. Igual que usted, según el criterio de Burdell. Eso le facilitará la labor.

—Comprendo, inspector. ¿En qué consistirá concretamente mi misión?

—Hallar los planos que Joe ocultó. Descubrir a los componentes de la red de espionaje que intentó ponerse en contacto con él a raíz del atraco al «First National» de Colorado Spring y, de paso, desorganizar la siniestra banda del «Buitre».

—¿Nada más, inspector?

Éste sonrió. Benévolo y burlón al mismo tiempo.

—No se hallará completamente solo. Tengo montado un amplio tinglado de escuchas y vigilantes en torno a los intérpretes del drama. Una señal suya bastará para que la gran máquina del F. B. I.,

se ponga en movimiento. No obstante, considero un deber advertirle una cosa. A partir del preciso momento en que abandone esta prisión con las ropas y la documentación de Joe Morris, su vida penderá de un frágil hilo. Usted y solamente usted debe cuidar de que ese hilo no se rompa. No haga la competencia al adversario.

Tenga siempre bien presente que usted es un policía y no un «gángster». Pero no vacile a la hora de tirar, si las circunstancias lo aconsejan. Naturalmente, deberá cuidar de no coser a balazos al propio Gobernador del Estado.

Sonrió. Empezaba a gustarle la aventura.

—¿Cuántos elementos componen la banda del «Buitre»?

—Ocho, incluido éste. Pero hay alguien más. El «Buitre» es capaz de meter la cabeza por un muro de piedra. Pero carece de iniciativa propia. Alguien piensa por él. Procure descubrir a ese alguien.

—¿Qué hay de los espías?

—Sólo conocemos a una rubia sensacional. Nada en concreto. Serán ellos quienes se pongan en contacto con usted. No desperdicie la ocasión.

—De acuerdo.

—¡Ah! Y no lo pasará mal del todo a fin de cuentas. Joe vivía con su esposa. Una buena chica según los informes. Nadie se explica cómo se dejó seducir por un tipo como él. Naturalmente, aludo a su categoría moral.

—¿Algo más, inspector?

—Desde luego. Antes de enfundarse con el traje de Morris le contaré con todos pelos y señales la vida de nuestro hombre. Es vital para el buen éxito de la empresa conocer al detalle al individuo que ha de representar en la vida real.

II

CAMERON Long abandonó la prisión de Fresno al mediodía siguiente de su llegada a ella. Lo hizo vistiendo las ropas de Joe Morris, en cuyos bolsillos portaba la documentación del difunto «gángster», que sería enterrado en secreto aquella misma tarde.

Examinó la cartera de piel antes de encaminarse a la estación del ferrocarril.

Silbó por lo bajo al percatarse que portaba en su interior seis billetes de los grandes y un buen montón de moneda fraccionaria. Morris debió darse la gran vida... mientras pudo.

Sacó un billete para San Francisco.

El tren llegó dos horas después.

Subió a un vagón del centro del convoy. Buscó un departamento vacío y se instaló a la ventanilla.

Un vendedor de periódicos se asomó, voceando su mercancía. El rostro del hombre, picado de viruelas, expresó alegría al percatarse de la presencia del joven.

—¡Caramba! Si es nada menos que Joe Morris. Celebro que al fin te hayas librado de las garras de esos granujas de la «gaña».

Cameron sintió tentaciones de acogerlo. Pero se contuvo a tiempo. Trató de esbozar una sonrisa.

—Gracias, hombre. Yo también lo celebro.

Le compró un diario. Y trató de ensimismarse en su lectura, siguiendo los consejos del inspector Butcher.

El tren arrancó entre resoplidos y estrépito de hierros, cuando ya el disco del sol estaba a punto de ocultarse al otro lado del Océano.

Abandonó la lectura. Y el departamento.

Salió al balconcillo y aspiró a pleno pulmón las frescas ráfagas de viento, que acentuaban su fuerza cuando el convoy se deslizaba

por alguna curva del camino de hierro.

Allí le sorprendió la noche.

Encendió un cigarrillo y se abismó en sus pensamientos.

La puerta del vagón se abrió silenciosamente a sus espaldas. Una erguida silueta emergió por ella.

Cameron se alertó al percibir el leve roce de los pies. Cuando se volvió a medias, el desconocido elevaba el brazo diestro, en cuya mano empuñaba una porra de goma.

El Agente se movió con extraordinaria agilidad. Ladeó el busto al tiempo que la porra se proyectaba sobre su cabeza.

El adminículo le golpeó el hombro entumeciéndole los músculos.

Alargó el puño, hundiéndolo en el estómago del agresor.

El hombre se dobló en dos con un bufido.

Un salvaje gancho a la mandíbula lo enderezó. El tercer golpe, en el pecho, lo proyectó contra la pared.

Cameron se abalanzó sobre él.

El otro le endosó un rodillazo en el bajo vientre.

Retrocedió, sintiendo los pulmones a punto de estallar. Y creyó perder la noción de las cosas al acusar en el cuello el impacto del canto de la mano de su adversario.

Un puñetazo le aplastó la nariz. La sangre manó a borbotones por sus fosas nasales, manchándole la pechera de la camisa y las solapas de la americana.

Se encontró acorralado contra la barandilla de hierro, manoteando por esquivar los golpes que llovían sobre él.

Comprendió que no podría resistir mucho más tiempo aquel asedio. Su enemigo parecía poseer la resistencia del granito. Y él sentía flaquear sus fuerzas por momentos.

Se dobló en dos por la cintura y extendió los brazos, tratando de enlazarlos en torno a las piernas del «gángster».

El primer intento le costó un rodillazo en las mandíbulas que le hizo escupir dos dientes. Al fin consiguió su objetivo. Hundió la cabeza en el vientre de su antagonista y se irguió poniendo a contribución todas las fuerzas de sus músculos.

El hombre pataleó al iré antes que Cameron lo lanzara hacia atrás como una catapulta.

Cayó entre los topes, profiriendo un desgarrador aullido, que fue absorbido por el traqueteo de los vagones. Salió rebotado hacia un

lado y cayó de bruces en el centro de uno de los raíles.

Cameron cerró los ojos, esforzándose por olvidar el espeluznante sonido de los huesos humanos al quebrantarse bajo las ruedas del vagón.

Respiró hondo antes de adentrarse de nuevo en el vagón.

Apenas prestó atención al hecho de que las luces del carruaje se habían apagado. Avanzó en la oscuridad, hasta su departamento.

Se dejó caer en el asiento.

Adivinó, más que vio, una figura humana en el asiento fronterizo al suyo. Antes que pudiese intentar nada, un objeto frío, metálico, entró en contacto con su frente. Una voz susurró:

—Ni un movimiento, Joe, o te levanto la tapadera.

Cameron sonrió en la oscuridad. Con una ferocidad inusitada en él.

—De forma que habéis averiado el sistema eléctrico, ¿eh, mastuerzo?

—Exacto. ¿Dónde está Till?

—No te preocupes por él. Debió equivocarse de tren. Y decidió apear-se en marcha.

El otro rió por lo bajo.

—Se lo advertí —dijo—. Siempre fuiste un adversario de cuidado. Pero él se las daba de ser el forzado de turno. Cuando aparezca por San Francisco me voy a reír a costa de esto.

—No aparecerá jamás por ningún lado.

—Lo descalabraste, ¿eh Joe?

—Tendrán que enterrarlo dos veces. O juntarlo con esparadrapo.

—¡El muy idiota! Bien; sabes para qué estoy aquí. Siempre... siempre te aprecié, Joe. También lo sabes. Di me dónde tienes escondidos los planos.

Cameron se encogió de hombros de un modo inconsciente.

—Si decido no decírtelo, ¿qué pasara?

—Puedes imaginarlo. Backer está rabioso contra ti. Durante estos últimos meses ha estado ideando mil torturas para probarlas contigo. Ya le conoces.

—Desde luego —mintió.

—Todos los vagones están sometidos a estrecha vigilancia. A Till y a mí nos correspondió éste. En eso has tenido suerte.

Cameron le concedió la razón. Había tenido suerte al elegir el

vagón. Por lo menos, la suerte le había acompañado hasta ahora. A medias.

Porque aún quedaba en pie el compañero de Till.

—No tienes escape, Joe, y tú lo sabes. Backer sabe hacer bien las cosas. Aunque lograras burlar la vigilancia de todos nosotros, no podrías dar dos pasos por San Francisco sin topar con los que están al acecho en la ciudad. Han sido tomadas las medidas. Y voy a advertirte una cosa. Backer no se conformará sólo con obtener los planos. Quiere darte pasaporte para el otro mundo. Cuestión de principios.

—Halagüeñas perspectivas —ironizó.

El otro rió por lo bajo.

—Puedo hacer algo por ti. Hemos sido buenos amigos. Y me gustaría corresponder a esa amistad que siempre nos unió. Dime el lugar donde ocultas los planos. Yo me encargaré de recogerlos y llevarlos a Backer. A cambio, te concedo la oportunidad de salvar la vida. Más de una vez te has apeado de un tren en marcha. Puedes intentarlo ahora también. Yo me las entenderé con Backer.

Cameron se esforzó por divisar las facciones del hombre a través de la profunda oscuridad que les envolvía.

No lo consiguió. Pero tampoco era necesaria la visión de su rostro para saber que le estaba mintiendo descaradamente. Quería a toda costa los planos. Una vez en posesión del secreto, no vacilaría en descerrajarle un tiro y arrojar su cuerpo a la campiña que el convoy atravesaba.

—Has mencionado la mistad que nos une —replicó, sin elevar el tono de su voz—. Si es cierto que la consideras así, como dices, ¿por qué no me concedes la oportunidad sin necesidad de que te revele el secreto?

La risita del otro sonó a hueco.

—¿Quieres que experimente yo todas esas torturas que Backer ha ideado para ti?

—Desde luego que no.

—Decídetelo pronto, Joe, Falta poco para que lleguemos a Frisco. El tiempo apremia.

El agente meditó brevemente la proposición del «gángster». Y decidió sacar partido de ella.

—Tienes razón, muchacho. Los planos se encuentran en la caja

fuerte de un Banco de San Francisco. Voy a darte el recibo.

Fue a introducir la diestra en la americana. Pero le inmovilizó la voz del «gángster», que acentuó la presión del arma contra su frente.

—¡Quieto, Joe! Espera un momento.

Le quitó la pistola que portaba en la funda de la axila.

—Ahora puedes sacar lo que sea.

Hurgó en el bolsillo interior y sacó la cartera. El otro dejó de apuntarle a la frente. Se echó ligeramente hacia atrás, bajando el brazo armado, de forma que la boca del cañón enfilara recto | el pecho de Cameron.

El agente flexionó las piernas bajo el asiento mientras abría la cartera y removía unos papeles a fin de distraer la atención de su adversario. Disparó, de pronto, la pierna hacia arriba clavando la puntera del zapato en los dedos que asían la culata.

La pistola voló por los aires.

Cameron se incorporó con felina agilidad. Su puño hendió el aire a velocidad vertiginosa, estrellándose en el mentón del «gángster».

La cabeza del otro produjo un ruido al golpear el marco de la ventanilla.

Long engarfió la mano en torno a la poblada cabellera de su antagonista y tiró con fuerza de ella. Le obligó a dar media vuelta bruscamente y lo proyectó contra la ventanilla, cuyos cristales se quebraron. Cuando la cabeza del hombre asomó afuera, se la retuvo con una mano, presionándole hacia abajo mientras le palpaba la americana en busca de una porra de goma u otro objeto contundente.

La garganta del «gángster» inició una serie de sonidos inarticulados. Gritos guturales y exclamaciones de pánico, que fueron creciendo la diapason a medida que los vidrios cortaban músculos y carne al forcejear para librarse del cepo en que Cameron le tenía cogido.

Los sonidos cesaron de pronto, cuando una de las aguzadas puntas seccionó limpiamente la yugular.

Cameron depositó el cadáver en el suelo. Despacio. Procurando no mancharse con la sangre que manaba a borbotones por la herida produciendo un escalofriante

glub-glub.

—Lo siento, compañero —susurró—. Tú mismo te la has buscado. Yo debo conservar integro ese frágil hilo a que aludió el inspector Butcher.

Salió al pasillo.

Desierto.

Avanzó con parsimonia hacia el balconcillo, arreglando el desorden de su ropa.

Nadie parecía haberse apercibido de la tragedia. Los escasos ocupantes del vagón debían haberlo abandonado al apagarse las luces o dormitaban en sus asientos.

Asentó los pies en el estribo y miró hacia adelante antes de apearse.

A una distancia aproximada de cuatro millas, al Norte, divisó el amplio semicírculo iluminado, que delataba el emplazamiento de la gran ciudad.

Se descolgó al suelo, asida la mano izquierda, a uno de los barrotes de hierro de la barandilla. Corrió unos metros paralelo al tren, antes de soltarse.

Recorrió varias yardas sin decrecer la velocidad inicial.

Tropezó de pronto en un grueso pedrusco. Perdió el equilibrio y cavó al fondo de una profunda cuneta.

Esperó a que el último vagón se hubiese perdido en la distancia antes de incorporarse.

Lo hizo trabajosamente. Con la sensación de que una apisonadora le había pasado por encima.

III

CAMERON Long llegó a san Francisco una hora después que el tren procedente de Fresno. Lo hizo en un camión de transporte.

Se despidió del conductor y echó a andar por la Thiral. Luego subió por la calle Market hasta la de Powell, Saint Francis y, por último, cruzó frente al Círculo.

Era la primera vez que visitaba San Francisco. Había oído relatos impresionantes de la vida en la ciudad californiana. Pese a todo, la luz y la alegría de San Francisco le emocionó.

La calle, animadísima a aquella hora, resonada con el ruido de los motores de los automóviles y las conversaciones de los transeúntes que se dirigían a los cines y teatros. Sin embargo, si hubiese hablado con alguno de los hombres del 1900, se habría enterado de que aquello que veía no era más que una pobre imitación de la vida nocturna de otros tiempos. No había conocido a Billy

Bogan's

Café, en el lugar donde ahora se levanta el Banco de Italia.

Tampoco el

Delmonico's,

en la

O'Farrell

Street, ni el Odeon, en la Pup, ni el Black Cat; alegres lugares desaparecidos para siempre. Barbary Coast, el Thalia, el Elko, el Modway... todos esos nombres eran desconocidos para él, todos los antiguos salones de baile estaban convertidos en garajes. Y Spider Kelley se fue a Amona a trabajar la tierra. Pero como Cameron Long no tenía ningún recuerdo de todo aquello, el espectáculo que presenciaba bastó para entusiasmarle.

Entró en un restaurante popular y se hizo servir una cena copiosa. Estaba hambriento y devoró con fruición todos los platos que el camarero le fue trayendo.

Se hallaba ante la taza de aromático café, cuando distrajo su atención una rubia de escultural silueta, que permanecía junto a la barra.

La rubia le miraba con fijeza y sonrió insinuante.

La vio avanzar con paso felino hacia él, sorteando mesas y sillas. Un andar ondulante el suyo. Provocativo.

El ajustado vestido realzaba sus formas de un modo extraordinario. Unas formas que parecían tener imán para las miradas y que resaltaban más con el balanceo especial que la rubia les imprimía al caminar.

Cualquiera la habría comparado con una sirena de las leyendas marítimas. Pero Cameron la comparó mentalmente con una tigresa a punto de lanzarse sobre su víctima para despedazarla.

Se detuvo frente a él. Y amplió su boca, de labios finos y sensuales, en una sonrisa de franca coquetería.

—¿Puedo sentarme, Joe? —inquirió.

Cameron no había recuperado aún el habla, Y se limitó a asentir con un ademán de cabeza.

—Es... es una feliz coincidencia —pudo articular al fin.

—No existe la coincidencia, Joe —replicó ella sin alterar el tono de su voz—. Sabíamos que hoy era el señalado para tu salida de la prisión de Fresno. También sabíamos que llegarías a San Francisco a pesar del «Buitre» y sus asqueroso cuervos. Apenas entraste en este restaurante, nos avisaron tu llegada. Y me he apresurado a venir. Podemos cerrar el trato cuando quieras. Creo que nos conviene apremiar a los dos. A ti particularmente. Si prolongas mucho tu estancia en Frisco, la ciudad puede convertirse en una inmensa cárcel para ti. Conoces a Backer. Es traidor, cobarde incluso, pero tenaz y despiadado. Tarde o temprano caerás en una de sus celadas.

Cameron se recostó en el asiento. Entornó los párpados y miró a la rubia.

¿Quién era aquella mujer? El inspector Butcher le había insinuado algo acerca de ella. Pero lo único que estaba claro para él era que la rubia no obraba de un modo particular, si no como pieza de engranaje de una organización. Dos veces había pronunciado la

palabra «Sabíamos». Eso era lo único que estaba claro. De todo lo demás, él era el único que no sabía nada.

—¿Cómo te llamas ahora, preciosa? —inquirió, dando a su voz un tono festivo.

Ella volvió a sonreír.

—Siempre el mismo, Joe. Ni la prisión ni el peligro te han hecho cambiar.

—¿Por qué había de cambiar? El hombre acrecienta su optimismo después de disfrutar unas vacaciones. Es, ni más ni menos, lo que me ha sucedido a mí.

—Eres el diablo en persona, Joe.

—Eso no responde mi pregunta.

—Bien; yo tampoco he cambiado. Puedes continuar llamándome Judy. Como antes.

—De acuerdo. Me gusta ese nombre. Me recuerda a...

—¿A quién?

—Es mejor que no te lo diga.

Rieron. Hasta que la rubia se puso seria de repente.

—Volvamos a lo nuestro, Joe.

El agente apuró el contenido de su taza de café. Lo hizo de un modo estudiado. Con parsimonia. Como si, en realidad, le importara un ardite cerrar o no el «trato» con ellos.

—¿Cuál es la última oferta? —inquirió a continuación.

Había ansiedad en los azules ojos de Judy o adelantar el busto y susurrar:

—Sigue en pie nuestra primitiva oferta. Trescientos de los grandes. Al contado.

Se retrepó en el asiento. Sereno.

—Eso no estaba mal antes. Pero ahora las cosas han cambiado. Cinco meses entre rejas y haber escapado dos veces a la muerte en el transcurso de unos minutos, revalorizaron el asunto. Quiero más «pasta». Tengo detrás de mí a toda la jauría del «Buitre», dispuesto a devorarme al menor descuido. Es posible que ese dinero sólo sirva para pagarme el entierro. Pero por si no es así, exijo una mayor cantidad.

—¿Cuánto?

—Cuatrocientos de los grandes. Ni un centavo menos.

—Es demasiado —replicó ella tras una corta vacilación.

—Yo no lo estimo así. Llévame a presencia del «jefe». Que sea él quien decida.

—Sabes que eso es imposible.

—¿Por qué? Creo que nada hay imposible para una mujer de tú talla.

La rubia agradeció el elogio Pero no cejó en su mutismo.

—Es demasiado —repitió.

—Bueno —expresó en tono de buen humor—. Ha sido un gran placer volver a verte, Judy. Sin ironías. Por lo demás... tengo excelentes proposiciones por otros lados.

Hizo ademán de levantarse.

Judy lo contuvo con un gesto.

—Espera. Después de todo... creo que será mejor así. Te llevaré a presencia de Chan So Kee. Es el único que tiene contacto directo con el jefe. Y es lo único que puedo hacer en favor tuyo.

Se levantaron.

Judy se colgó de su brazo y caminaron juntos hacia la salida.

Lo rubia se paró de pronto, oprimiendo con leve nerviosismo el brazo del agente.

La miró, y vio la ansiedad reflejada en sus hermosas pupilas.

—¿Qué sucede, Judy?

Ella, por toda respuesta, le señaló un coche de negra carrocería aparcado junto al bordillo de la acera.

Cameron oprimió los labios hasta formar una fina línea. Reconoció fácilmente a los dos hombres que ocupaban el vehículo. Dos pandilleros del «Buitre». Dos elementos de cuidado. El inspector Butcher le había hecho una descripción detallada de todos y cada uno de los componentes del «gang» de Raúl Backer.

Las tupidas redes del «Buitre» llegaron, pues, hasta allí.

Llevó la mano diestra a la axila, rozando la fría culata de su automática.

—No seas loco —murmuró la rubia, cortando su ademán de empuñar el arma—. Eso te crearía nuevas y más serias complicaciones. Deja el ajuste de cuentas para más adelante. Ven.

Retrocedieron.

La rubia lo condujo a través de un largo corredor, cuya entrada, cubierta por una gruesa y cortina de terciopelo rojo, se abría junto a uno de los extremos del mostrador.

Cruzaron junto a las cocinas donde reinaba un gran ajeteo. Torcieron a la izquierda, avanzando ahora por una prolongación del pasillo, más estrecho que su parte anterior, donde apenas bastaba a disipar las tinieblas una pequeña bombilla cubierta de telarañas que pendía del techo.

El pasillo moría en un ascensor de reducidas dimensiones. Justo el espacio para una persona, no demasiado gruesa. Pero se metieron los dos.

Cameron respiró hondo, cuando las prominencias de la rubia se incrustaron contra él.

La enlazó por la cintura, trabajosamente, y la besó en los labios.

Ella le devolvió la caricia. Un beso fuerte, prolongado, succionante.

Cameron sonrió en la oscuridad. Empezaba a gustarle aquella aventura. A pesar de todo.

—Veo que no has perdido el sentido de la oportunidad —susurró ella.

—Ya hablaremos luego de eso, Judy. Cuando se detenga el ascensor.

Volvió a besarla. Más fuerte que antes. Pera sin perder la cabeza.

Una leve sacudida del ascensor rompió el encanto.

Salieron a una coquetona habitación, habilitada como cuarto de estar.

Judy se encaminó directamente a un sector de la pared, oculto tras unas cortinas de cretona. Una puerta disimulada en el tabique.

La abrió.

Al otro lado de la puerta, en la casa contigua a la que hallábase instalado el restaurante, unas cortinillas idénticas de cretona disimulaban la entrada.

La vivienda parecía deshabitada. Y los muebles, escasos, presentaban una ligera capa de polvo.

Salieron a la escalera del nuevo edificio. Y segundos más tarde se encontraban en la calle, lejos de las miradas de los «gángsters» del «Buitre».

—Vas a tener ocasión de presenciar el maravilloso espectáculo de la entrada del Año Nuevo en el Barrio Chino —dijo ella—. Aunque me parece que es innecesario que te lo diga.

Cameron asintió. El inspector Butcher le había hablado de ello.

—Sí, doce de febrero. Mañana, Año Nuevo.

Recordó las soñolientas calles de su pueblo natal, County City, en Colorado, donde todo el mundo se retira a sus casas a las siete de la tarde y ya no vuelve a salir hasta la mañana siguiente. Qué distinta aquella ciudad de la costa del Pacífico.

Poco después caminaban por la desierta Weverley Place.

Cameron compró a un muchacho un ejemplar del «Chínese Daily Tribune» y siguieron adelante.

Al fin se detuvieron frente a la tienda de Chan So Kee, en Jackson Street.

El escaparate estaba lleno de maravillosas tazas y jarrones Swatow. Pero la tienda permanecía cerrada.

En un balcón próximo, una orquesta china tocaba sus típicos instrumentos, llenando la noche con sus dulces melodías.

La puerta de la vivienda, situada junto al escaparate, permanecía abierta.

Subieron una oscura escalera. El descansillo se veía adornado con largas tiras de papel rojo con letras doradas, destinado a ahuyentar los malos espíritus.

Judy llamó con fuerza a la única puerta que se abría en el centro del descansillo.

Un chino alto y delgado, con una gris y rala barba, vestido con una larga blusa de seda negra, respondió a la llamada.

—Buenas noches, Chan So Kee —saludó la rubia.

Cameron se limitó a saludar con un ademán de su diestra.

En los estrechos ojos de Chan So brilló una lucecita de malignidad.

Entraron en la vivienda, adornada con ricos cortinajes de seda Hangchiu. Las flores perfumaban el altar de los antepasados. La habitación se hallaba atestada de macetas con lirios chinos, el pálido y oloroso «su-sin-fat», símbolo del año que iba a nacer. Sobre una repisa, junto a un pequeño Buda de madera de Ning-Po, había un enorme reloj despertador.

Les invito a sentarse junto a una pequeña mesa para té cubierta de pétalos de flores de almendro. Les ofreció pasteles de arroz y unos refrescos de vino de rosas.

—Usted conoce todo el ceremonial chino, Joe —empezó a decir

en un inglés académico—. ¿Le parece que prescindamos de él en esta ocasión?

—Desde luego. Aunque voy a confesarle que es usted el único que habrá de prescindir del ceremonial. Yo no pensaba emplearlo.

—La vida es una lucha continua. Unos luchan por hacer un mundo nuevo. Otros, porque el mundo siga siendo siempre como antiguamente, incluido su primitivismo. Usted es de estos últimos. Se guía más por el instinto que por la razón. Y yo los admiro sin reservas. Aunque no esté de acuerdo con sus principios.

—Eso suena a sermón barato, Chan So.

—Y es posible que lo sea. Ustedes, los occidentales...

—No he venido aquí a discutir filosofía barata, Chan —le atajó—. Hay otras cosas mucho más importantes para mí en este instante.

—Comprendo —respondió el chino tras cambiar una mirada de inteligencia con Judy—. ¿Quiere decirme alguna de esas cosas tan importantes?

—Joe quiere cuatrocientos mil a cambio de los planos —terció la rubia.

Los oblicuos ojillos del oriental se desorbitaron.

—Me parece que es demasiado.

—A mí no.

—¿Es su última palabra?

—Por ahora sí. Es posible que mañana me decida a pedir el medio millón. El asunto lo vale. —Sostuvo la mirada del chino sin parpadear, una mirada pletórica de odio y admiración al mismo tiempo.

—Es usted en gusano, Chan So. Ahora como otro, en su lugar, se hubiese apresurado a vender a cualquier precio y desaparecer cuanto antes de una ciudad, que tantos peligros encierra para su seguridad.

—No se devane los sesos pensando en lo que pudiese hacer otro en mi lugar. Piense únicamente en lo que yo hago.

Chan So Kee dejó transcurrir una breve pausa antes de decir:

—Bien; necesito un plazo. La contestación no depende exclusivamente de mí.

—¿Cuánto tiempo?

—Mañana al mediodía recibirá la respuesta.

—De acuerdo. Estaré en el apartamento de mi esposa. ¿Conoce la dirección?

Chan So asintió con la cabeza.

—Juega usted peligrosamente con fuego, Joe —añadió—. Es posible que cuando expire la hora del plazo concedido, tengamos que ir a visitarlo a la Morgue. El «Buitre» no perdona.

—En su mano está el evitarlo. ¿Por qué no envía una pareja de satélites suyos a proteger mi vida hasta que hayamos efectuado el negocio?

—No interesa. El «Buitre» no lo liquidará antes de haberle arrancado su secreto. Lo más seguro es que él nos venda los planos por una cantidad muy inferior a la que usted exige. Como ve, no merece la pena arriesgar las vidas de un par de hombres por salvaguardar la suya.

Cameron le devolvió la mirada. Mucho más venenosa que la del chino.

Se aproximó a él. Hasta casi rozar el rostro con el suyo.

—Es usted en gusano, Chan So. Ahora comprendo que su mayor deseo es ver mi cuerpo en la Morgue, acribillado por los sicarios del «Buitre». ¿No es así, amarillento?

—Es posible.

—Bien; procuraré pagarle con la misma moneda. Y tenga siempre bien presente esto que voy a decirle. Espero ir a su entierro. Y, o mucho me equivoco, o he de ser yo quien le envíe a reunirse con sus antepasados.

Abandonaron la casa de Chan So, y el Barrio Chino.

—No hagas demasiado caso de Chan So —dijo Judy, sentados ante la barra de un bar—. Posee un alma y una mentalidad netamente orientales.

—Algún día pienso liberar esa alma del sucio cuerpo que la alberga.

Judy rió de buena gana.

—Me gusta tu temperamento, Joe. Mucho más que antes de haber estado a la «sombra». Bien, ¿cuándo piensas ir a visitar a Cathy Rodes? Es tu esposa, ¿no?

—Iré cuando haya acabado contigo.

Recorrieron un buen número de bares y salas de fiestas antes de retirarse.

Judy bebía como una esponja. Y antes de la medianoche, Cameron tuvo que llevarla a su apartamento.

El «Hotel Stewat», en Greary Street, es uno de los más lujosos de San Francisco. Judy ocupaba la habitación número 32, en el tercer piso.

La rubia se portó bastante bien mientras cruzaban el elegante vestíbulo. Cameron la asió por un brazo y consiguió hacerla caminar sin grandes oscilaciones.

En el ascensor tuvo que taparle la boca para evitar que interpretara a voz en grito una canción moderna.

Abrió la puerta con la llave que ella le entregó y la condujo directamente al cuarto de aseo.

Judy se cansó de gritar mientras el agente le mantenía la cabeza bajo el fuerte chorro de agua fría. Pero pudo caminar por su pie hasta la cama. Se dejó caer sobre el lecho con desmadejamiento y atrajo a Cameron hacia sí.

—Háblame, Joe, como solo tú sabes hacerlo.

—¿Por qué trabajas para Chan So Kee? —preguntó a boca de jarro—. No me gusta ese tipo.

—A mí tampoco.

—¿Entonces?...

—En realidad no trabajo para él. Es ni más ni menos lo que tú le has dicho. Un gusano.

—¿Y el «jefe»?

—No le conozco.

—¡Hum! Jamás me gustó trabajar para gente desconocida. Los golpes, cuando vienen, tiene que recibirlos uno solo, mientras ellos escurren el bulto.

—Estoy de acuerdo contigo, Joe.

—Oye, Judy —habló tras un corto silencio—. ¿Por qué no mandas a paseo a toda esa gente y formamos una asociación? Tú y yo, juntos, podríamos realizar grandes cosas.

La rubia se le quedó mirando con fijeza. Una mirada que expresaba muchas y encontradas sensaciones. Miedo entre ellas.

—Eso es imposible, Joe. Si lo hiciera...

—¿Qué, Judy?

—Sería lo mismo que atraer la muerte sobre mi cabeza. Estaríamos los dos en igualdad de condiciones. Yo, mucho peor.

Porque el «Buitre» no es nadie comparado con... con el «amo». Yo lo llamo así. ¿Comprendes, Joe?

Le obligó a bajar la cabeza y lo besó en los labios.

Cameron disimuló su repugnancia. El aliento de la rubia apestaba a «*whisky*».

—Ya tengo la solución, Joe, querido, para que podamos colaborar estrechamente unidos. Le hablaré al «amo». No tendrá inconveniente en admitirte en la plantilla.

El agente sopesó mentalmente la proposición de la rubia. No era mala idea infiltrarse en la organización de espionaje. Contándose como un de sus miembros en activo, podría.

No. Desechó la idea. Tenía un hilo. O mejor, dos. Judy Betles y Chan So Kee. No le sería difícil tirar de ellos para desenredar la madeja, sin necesidad de atarse los pies y manos en su investigación para hallar los planos robados y desenmascarar al personaje cuyas órdenes cumplía el «Buitre».

—No me seduce la perspectiva, preciosa —rechazó—. Entre otras cosas, porque me gusta ser pájaro libre, detesto obedecer a quien no conozco y no quiero renunciar a mi propia fortuna. Quiero los cuatrocientos mil «pavos». Para mí. Y no voy a renunciar a ellos por complacer al nuevo «amo».

Se incorporó.

Judy extendió los brazos hacia él.

—No te vayas, Joe. Ven conmigo.

Cameron la contempló en silencio. La rubia, desaliñado el vestido, despeinada, corrido el rímel y la pintura de los labios a causa del agua, presentaba un aspecto deplorable. No era la misma del ascensor del restaurante donde había visto por primera vez. La borrachera había hecho perder un ochenta por ciento de encantos.

—Lo siento, nena. Otro día será. Duerme la borrachera, que te está haciendo mucha falta.

Avanzó hacia la salida. Despacio, pero firmes las pisadas.

Antes de cerrar la puerta de la habitación sonrió irónico al percibir el último insulto de la rubia.

—¡Eres un cochino cobarde!

IV

DURANTE unos instantes, Cameron Long permaneció en la puerta del Hotel. Lloviznaba ligeramente. Contempló el desfile de paraguas y las luces de Geary Street que brillaban débilmente entre la niebla.

No vio nada sospechoso y caminó lentamente por la acera.

Vio venir un «taxi» en la misma dirección él seguía y lo paró.

Se retrepó en el asiento y observó a través la ventanilla el ininterrumpido desfile de edificios.

Atravesaban la Union Square, cuando se apercibió que un coche rodaba tras ellos. Le asaltó una súbita sospecha.

Golpeó el hombro del taxista con el índice para llamar su atención. Éste se volvió a medias en el asiento.

—Nos viene siguiendo un coche. Cien dólares para usted si consigue zafarse de su vigilancia. El hombre asintió con la cabeza.

El «taxi» redobló de pronto su velocidad. Entró, sin frenar, en una calle transversal, arrancando a los neumáticos un agudo chirrido al patinar sobre el mojado asfalto.

El taxista repitió la maniobra unas cuantas veces, salvándose por verdadero milagro de una catástrofe.

Cameron sonrió al percatarse que el coche perseguidor se había despistado.

Rodaron solos por una serie de callejuelas de sórdido aspecto, desconocidas para él. Cameron no encontró extraño el hecho de que taxista hubiese apagado los faros. El coche frenó de súbito y el agente se sintió zarando hacia delante. Cuando consiguió restablecer el equilibrio, lo primero que vio fue la negra boca del cañón de una pistola rectamente apuntando a su cabeza.

El hombre se echó la gorra hacia atrás, dejando que Cameron

pudiese ver su rostro a la luz que emanaba del salpicadero.

Lo reconoció en el acto. La rojiza cicatriz que cruzaba su pómulo derecho no dejaba lugar a dudas. Se trataba de Will Lisie, el brazo derecho del «Buitre».

Había caído en una trampa.

—Apéate, Joe. Vas a cambiar de vehículo. Dentro de unos momentos estarán aquí Stuart Sale. Ellos te llevarán a presencia de Backer. Tiene muchas ganas de hablar contigo. Yo me reuniré con vosotros en seguida. Cuando haya devuelto este cacharro.

—Eres un fanfarrón, Will. Hablas como si tuvieses ya todo resuelto.

—A mí no podrás sorprenderme como a Chase y a Edén. Bonito revuelo se armó a la llega del tren. Eres el diablo en persona, Joe. Pero eres nada solo. Es la organización lo que cuenta. Ya ves que no has llegado demudado lejos.

Cameron se apeó con parsimonia. Había llegado el momento de jugarse el todo por el todo. Como en el tren.

Will no tiraría a matar a no ser que las circunstancias le forzaran a ello. Chan So lo ha dicho. Y tenía razón. Lo cual era una gran ventaja para él.

Will se había vuelto en el asiento y asomó la mano armada por el abierto marco de la portezuela trasera.

Long se volvió a él. Despacio. Como si aquello no tuviese demasiada importancia.

Le entró de pronto un incontenible deseo borrar la sonrisa de sarcástica superioridad curvaba los labios del «gángster».

Apoyó la mano diestra en la portezuela.

—¿Nadie te dijo nunca que algún día acabarías mal?

Will soltó una risita estentórea.

—Sí. Mi abuelita.

—Pues tu abuelito tenía razón.

Presionó la portezuela, poniendo toda su alma en el impulso.

La muñeca de Will emitió un electrizante chasquido. Dejó caer al suelo la pistola, incapaz de sostenerla entre sus quebrantados dedos.

Fue Cameron quien sonrió ahora. Una sonrisa que no presagiaba nada bueno para su antagonista.

Will, hombre de lucha, al fin, trató de abrir la caja del salpicadero con su mano izquierda, lo consiguió. Pero no llegó a

empuñar el revólver de cañón recortado que guardaba en su interior, junto con un manojo de algodón.

Cameron se le adelantó.

Disparó la mano abierta, golpeando con las puntas de los dedos los ojos del «gángster». Luego lo arrojó al fondo del «taxi». Clavó las rodillas el estómago de su adversario, imposibilitándole para efectuar el menor movimiento defensivo.

Engarfió la diestra en torno al nudo de la corbata de Will, lo llevó ligeramente a un lado y torció la pequeña prenda de seda.

Los ojos de Will Lisie parecieron querer saltar sus órbitas. Sacó dos palmos de lengua fuera y emitió roncós gemidos.

Cameron no aflojó la presión hasta cerciorarse que había perdido el conocimiento.

Lo levantó trabajosamente, hasta colocarlo en el asiento, y lo empujó de las piernas. El cuerpo de Will se deslizó a la parte posterior, donde quedó en postura inverosímil.

Cameron se encasquetó la gorra del «gánster», conectó el encendido, maniobró para dar la vuelta al coche. Apenas había concluido la maniobra, cuando apareció a la entrada de la calle el coche tripulado por Stuart y Sale.

Empuñó la pistola y oprimió suavemente acelerador. El vehículo se deslizó lentamente. Apagó los faros.

Stuart, al volante, le imitó, frenando junto bordillo de la acera.

Se abrió la portezuela y apareció el fornido Sale.

—Ahí van mis cálidos saludos, amigos —gritó al tiempo que oprimía el gatillo.

Sale inició unos pasos de *ballet* a medida que los plomos le fueron perforando varias partes su voluminoso cuerpo. La danza acabó en u pirueta ridícula.

Dos calles más allá redujo la velocidad. Detuvo el coche frente a la entrada de un hotel de mísero aspecto, el «Killarney», en uno de los cruces la Avenida de Grant. Allí lo abandonó con carga. Alguien iba a llevarse un buen susto costa de Will Lisie si no recobraba pronto conocimiento. Pero no se le ocurrió otra solución mejor.

El trayecto que le separaba del edificio destinado a apartamentos, en una calleja cercana al Embarcadero, donde Cathy Rodes residía, le llevó una hora larga.

Antes de adentrarse en el portal examinó la desierta calle en

ambas direcciones.

No vio nada sospechoso. Sin embargo, sabía que Raúl Backer no habría descuidado por nada del mundo la vigilancia de la vivienda de Cathy. Subió pausadamente las escaleras. El ojo avizor y Ja pistola empuñada en el bolsillo, presta a disparar al menor síntoma de alarma.

Pegó el oído a la puerta del apartamento. La señalada con el número 43, en la cuarta planta. Adentro reinaba el más absoluto silencio.

Sacó el manojito de llaves maestras que habían pertenecido al difunto Joe Morris y abrió.

El *hall* estaba sumido en la oscuridad. Se adentró unos pasos y llamó:

—¡Cathy!

Como si aquella hubiese sido una señal convenida de antemano, las luces del «*hall*» se encendieron, iluminando una escena que nada tenía de halagüeña para él.

Cathy Rodes estaba sentada en una butaca, en el centro del coquetón «*hall*». A su lado, de pie, su hermano Jimmy. Ratero y atracador en pequeña escala. Butcher le había hablado mucho le él. Había estado muchas veces en la cárcel.

Junto a ellos, uno a cada lado, dos miembros el «gang» del «Buitre», armados de sendas pistolas. El rechoncho Down y Bergen.

Cameron sonrió. A pesar de las pistolas. No sabía por qué, pero la visión del peligro ponía una especie de alborozo en su corazón. Era cuando más seguro de sí mismo se sentía.

—Bonita bienvenida, muchachos —ironizó—. La ocasión merece un trago.

Nadie dijo la menor palabra.

Estudió brevemente a la mujer. Su cabello, trigueño, caía en cascada sobre su espalda. El cutis era de una finura no fabricada por ningún Salón de belleza. Resultaba encantadora a pesar del breve rictus de angustia en que contraía sus lindas facciones. Era la muchacha más atractiva que Cameron había visto en su vida. Y todo ello sin afectación.

El inspector Butcher se había quedado corto a describírsela.

Bergen avanzó a su encuentro, hasta presionar su abdomen con el cañón de la automática.

—Sabes lo que ocurrirá si oprimo el gatillo en este instante —escupió, torciendo la boca a hablar—. Tampoco ignoras que estoy dispuesto a oprimir al menor gesto sospechoso por tu parte. ¿Vas comprendiendo, Joe?

Desde luego.

—¿Dónde tienes los planos?

—En el bolsillo de la americana. Tú mismo puedes cogerlo.

Bergen procedió a registrar al joven.

Sacó un papel de forma rectangular, plegado en varios dobles, y lo tiró hacia Down.

El gordo lo cogió a vuelo.

—Examina eso, Down. Mira si es lo que interesa.

La maldición de Down debieron oírla todos los inquilinos de la casa.

—Es un plano de San Francisco. ¡Nos está tomando el pelo!

—Eres muy inteligente, Down —ironizó el joven—. Has aprendido mucho desde la última vez que nos vimos.

Bergen elevó de pronto los brazos, incrustando el cañón de su automático en los labios del agente.

Cameron retrocedió dos pasos, sintiendo correr la sangre por las comisuras de sus labios.

El segundo golpe, con la culata, lo derribó al suelo.

—Levántate, masculló el «gangster».

Se incorporó. A duras penas. Bergen sabía dónde colocar los golpes de forma que dolieran sin sumirlo en la inconsciencia.

Cameron tornó a sonreír. Una sonrisa distinta la de antes. Había ahora en ella unas ansias homicidas.

Bergen le arrebató la pistola.

—Vas a venir con nosotros. Backer te reserva una recepción especial.

—Habrá tenido tiempo de prepararla en cinco meses.

—El tiempo no corre para él. Te la habría ofrecido aunque hubiese tardado veinte años en volver a San Francisco.

—¿Qué hacemos con este bombón, Bergen? —pregustó Down posando en Cathy una mirada de deseo—. ¿La llevamos también o les damos pasaporte a los dos?

—Ni una cosa ni otra. Ya oíste a Backer. Átalos y amordázalos.

Down procedió a cumplir las órdenes de su compañero. A

conciencia.

Seguidamente abandonaron el apartamento.

—Baja por delante, Down. Sin descuidar la vigilancia. Yo cerraré la marcha.

El gordo empezó a bajar las escaleras. Cuando hubo descendido una docena de peldaños, Bergen empujó al agente para que lo siguiera. Él lo hizo en último lugar, inmediatamente detrás del joven.

Alcanzaron la primera planta.

Cameron tensó los músculos. Su mente había elaborado un plan para zafarse de las garras de los dos «gangsters». Para ello necesitaba encontrarse en la prolongada hilera de escalones que separaba el portal de la primera planta. Y había llegado el momento.

Esperó a encontrarse en el centro del largo tramo para ponerlo en ejecución.

Dio un traspié de pronto y se agarró a la barandilla.

La mano de Bergen se engarfió en su hombro.

—Vamos, imbécil —masculló—. Hace muchos años que aprendiste a andar.

Cameron sujetó con ambas manos la de «gángster». Tiró de él con todas sus fuerzas a tiempo que se doblaba por la cintura.

Bergen salió por los aires como impulsado por la catapulta. Y Down, que se había vuelto en actitud amenazadora, nada pudo hacer por esquivar el impacto del proyectil humano.

Los dos hombres rodaron escaleras abajo, en confuso montón.

Cameron saltó de tres en tres los escalones, fue un juego de niños para él arrebatarse las armas antes que hubiesen acabado de reponerse. Los conminó a ponerse en pie.

Los llevó a un ángulo del portal, lejos de las miradas curiosas de las personas que pudiesen estar frente a la entrada.

—Cambiaron las tornas. Siempre ríe más fuerte quien ríe el último. Y yo voy a carcajearme de lo lindo a costa vuestra.

—No será la tuya la última carcajada, Joe bramó Bergen. —Esto no es más que el principio. Al final veremos quién canta victoria.

—¿Qué piensas hacer con nosotros, Joe? —inquirió Down.

—¿Nunca habéis participado en una competición olímpica? Pues esta noche vais a hacerlo. Si ponéis un número en la espalda, es

posible que alguien os confunda con dos recorman de mil metros libres.

Bergen se puso lívido al comprender la burla que quería hacerles objeto.

—¡Maldito hijo de perra! —barbotó—. No conseguirás...

Cameron esquivó con felina agilidad el puño «gangster». Su brazo se movió con extraordinaria elasticidad, golpeando el cañón del arma contra el labio superior del enfurecido Bergen. Este retrocedió, escupiendo sangre y maldiciones.

Long le golpeó las mejillas con el dorso de la mano. El valioso solitario, que había pertenecido al legítimo Joe Morris, le produjo un surco sangriento en el pómulo.

Aquello pareció acabar con el belicismo de Bergen.

Cameron recogió las ropas de los dos hombres y los hizo caminar hacia la puerta.

Estuvo a punto de soltar la carcajada. Los calzoncillos de Down podían competir con las corbatas del expresidente Truman.

—Que tengáis una feliz travesía muchacho Y mis cálidos recuerdos para el «Buitre».

Apenas había alcanzado el primer rellano cuando percibió gritos de mujer en la calle. Soltó la carcajada. Bergen y Down estaban causando sensación.

Cathy Rodes dejó escapar un suspiro de alivio cuando el agente federal la libró de la mordaza. Le envolvió en una mirada admirativa. Una mirada que expresaba muchas cosas. Admiración, pena y una buena dosis de algo muy parecido a rencor.

Cameron procuró ignorarlo. Estaba jugando una baza de importancia en su peligrosa aventura. Cathy era la única persona en todos los Estados Unidos que podía descubrir el engaño su nueva personalidad.

Jimmy se incorporó como un rayo tan pronto vio libre de las cuerdas que le inmovilizaban.

—He pasado un mal rato. Creí que esos cochinos iban a lastrarnos de plomo. ¿Cómo te has arreglado para librarte de ellos?

Se lo contó con breves frases. Y Jimmy rió de mejor gana.

—Me hubiese gustado verlos —dijo—. Particularmente al gordo.

—Ya tendremos ocasión para hablar de todo esto, Jim. No podemos perder el tiempo ahora, todos los minutos son preciosos y

pueden tener un valor incalculable para nosotros. El «Buitre» no tardará en estar al corriente de lo ocurrido. Son tres fracasos en un mismo día. No querrá quedar en ridículo por cuarta vez. Su próximo golpe será demoledor, contundente. Y no vamos esperar a que lo descargue bonitamente sobre nuestras costillas. Quizá obrase de otro modo encontrarme solo. Pero no quiero que a Cathy le suceda nada malo por mi culpa. Coged lo más indispensable para vuestro arreglo personal. Nos largamos inmediatamente de aquí, en el «New Hotel» estaremos a salvo de las asechanzas del «Buitre». Allí decidiremos los próximos pasos que hemos de dar. Jimmy no objetó nada. Se encaminó al pequeño dormitorio instalado junto al cuarto de aseo rebuscó en el armario, en busca de unos cuantos objetos de índole personal.

Cathy hizo lo propio.

Cameron se acercó a ella.

—No parece haberte alegrado mucho mi regreso —dijo, observándola de soslayo.

—¿Por qué había de alegrarme? Conoces mi punto de vista al respecto. Y mis sentimientos. Creo que hablamos lo suficiente acerca de ello antes de... de tu prisión, para que ahora pretendas llamarte a engaño. Soy tu esposa, conozco mis deberes y me atengo a ellos por sobre todas las demás cosas. Pero todo aquello que nos unía y que tanto significó para mí en un día ya lejano, está muerto y enterrado. Es una quimera pretender resucitarlo ahora.

Cameron se pasó la mano por la cara. Le parecía adivinar toda la verdad a través de las amargas frases de la muchacha. Había ésta locamente enamorada de Joe Morris. Quizá creyó otra clase de sujeto. No es difícil engañar a una mujer enamorada. Se casaron y... el desengaño no tardó en llegar. Aquella mujer era menos a propósito para un tipo como Joe.

—¿Por qué entraste en el apartamento, Joe? —le preguntó de pronto—. Down y Bergen han permanecido toda la mañana vigilando desde portal fronterizo al nuestro. Entonces puse la señal convenida, avisándote el peligro. Después de la llegada del tren en que debías venir, Bergen y Down recibieron órdenes de subir a esperar aquí tu regreso. Has arriesgado demasiado. ¿Por qué lo hiciste, Joe?

—No lo sé. Es un poco difícil de explicar.

Cathy dejó de trajinar en el armario. Se volvió a él y lo miró con fijeza.

—Has cambiado mucho, Joe. Apenas hemos cambiado cuatro palabras, y me atrevería a asegurar que eres otro hombre muy distinto al que salió hace cinco meses de San Francisco con la muerte pisándole los talones.

Cameron sonrió. Con aquella sonrisa suya de los momentos buenos. Una sonrisa alegre y cordial.

—Tienes razón, Cathy —ironizó—. Soy otro hombre muy distinto.

Ella se esforzó por meter un buen lío de ropas en un pequeño maletín. Y Cameron la ayudó.

Le satisfacían los resultados de la primera escaramuza en la misión que le había sido encomendada. Había reducido la nómina del «Buitre». Y Cathy, aunque confesaba encontrarle distinto, parecía no sospechar todo lo distinto que era en realidad del difunto Joe Morris.

—¿Alguna novedad durante mi ausencia? —preguntó, mientras cerraba el maletín.

—Supongo que no será una novedad para ti saber que al día siguiente de su detención en Fresno alguien penetró en el apartamento y lo revolvió de arriba abajo.

—Sí, claro. Era de suponer.

La joven se había inmovilizado junto al lecho. Cameron rehuyó su penetrante mirada.

—Continúa, Cathy. ¿Qué más ocurrió?

—También estuvo la rubia ésa, Judy Betles, creo que es su nombre. Fue al día siguiente de tu detención. Antes que el juez te impusiera la sentencia. Vino acompañada de un chino. Dijo que había hablado contigo. Querían los planos que robaste en el «National Bank» de Colorado Spring. Me presentaron una carta. En ella me decías que se los entregara inmediatamente. Que gozaban de toda tu confianza y todo lo demás. Mentían descaradamente. Demasiado lujo de palabras para que fuera verdad todo lo que me decían. Me costó trabajo convencerles que ignoraba el paradero de los planos. Y yo no mentía. Eso, más que nada, me ratificó en la idea de que la carta era una burda falsificación. No la escribiste, ¿verdad, Joe?

—Desde luego que no. Fue una jugada bien pensada. ¿No volvieron a importunarte?

—No.

—La vi esta tarde. Y también al oriental. Los dos nos mostramos francamente hostiles. Judy se esforzó por arreglarlo. Les he pedido cuatro cientos de los grandes a cambio de los planos. Se han mostrado un poco reservados pero creo que cederán al final.

Cathy se le aproximó. Apoyó las manos en la solapas de la americana del joven y acercó su rostro al suyo.

Cameron respiró hondo. Y luchó por vencer la tentación de estrecharla entre sus brazos y besar los rojos labios, que se le ofrecían tentadores.

—Esa mujer, Joe, trabaja para una potencia extranjera. Es una espía. No cabe dudar de sus actividades. Quizá la potencia a quien sirve, lo más seguro, sea enemiga de los Estados Unidos. Y tú eres un ciudadano americano. No puedes estar tan encanallado como para querer ignorar el patriotismo. Esos planos; la consecución de ellos, puede servir un día para matar a muchos jóvenes compatriotas nuestros. Sabes lo que eso significa.

—Imagino a dónde quieres ir a parar. ¿Quieres decírmelo sin ambages?

—No vendas los planos a esa mujer y al chino. Hazlos llegar, de un modo u otro, a manos americanas. Saca por ellos lo que puedas, si ése es tu deseo, pero que el invento, sea bueno o malo, sirva los intereses de nuestra nación.

Cameron se desasíó de las manos de Cathy. Entonces menos que nunca debía ceder a la tentación de abrazarla. La muchacha no se merecía eso por su parte. Era noble y leal consigo misma. A pesar de los avatares de la vida.

Paseó por la habitación. Fingiendo meditar, pero, en realidad, para ocultar su turbación a los ojos de la joven.

Al fin se detuvo frente a ella. Cuando estuvo seguro de sí mismo.

—Creo que tienes razón, Cathy. Podré ser lo que soy... pero jamás un traidor a la nación que te vio nacer. Te prometo que los planos no irán parar jamás a manos de Judy y Chan So Kee. Al menos mientras yo pueda impedirlo.

Lo que no pudo impedir fue que la joven le rodeara el cuello con sus brazos. Y antes que acabara de salir de su estupor, sintió en sus

labios el cálido contacto de los de Cathy.

Decidió no luchar. Aunque le dolía en su fuero interno ser cómplice del engaño. Pero el Deber es el Deber.

Jimmy entró en el cuarto portando un pequeño paquete bajo el brazo. Carraspeó.

—¿Listo, Jim?

—Siempre lo he sido.

—A veces te pasas —respondió con irónica sonrisa.

—La distracción es propia de los sabios.

—Estás muy ingenioso.

—También lo he sido siempre.

Cameron sonrió para sus adentros Sin exteriorizarlo. El hermano de Cathy se pasaba de listo con harta frecuencia, Era un vulgar ratero. Y había sufrido varias condenas. La Policía conocía sus andanzas al detalle.

—¿A qué te dedicas últimamente? —le preguntó, ayudando a Cathy a guardar las última; prendas.

—Es muy sencillo. Me disfrazo como un empleado de la Compañía de Aguas. Un mono azul y una caja de fontanero. Me presento en una casa. Cualquiera. De las elegantes, claro. A la doncella le digo que voy de parte de la Compañía a inspeccionar la presión del agua. Me cuelo en el lavabo y la mando ir a la cocina y abrí todos los grifos, para efectuar la comprobación Las maquinillas eléctricas de afeitar se vende bien. Y alguna dama descuidada suele olvidar de vez en cuando los pendientes, el anillo o collar. Unos valen lo suyo y otros son pura bisutería. Pero me defiendo bien.

Cameron soltó la carcajada. Y cortó en seco su hilaridad al ver la mirada de reprobación de Cathy.

La muchacha abrió la ventana del dormitorio y examinó las flores que crecían en unos bien ordenados tiestos. Verbenas y velloritas del desierto.

—Bonitas, ¿verdad, Joe? —dijo, acariciándolas con las yemas de los dedos.

—Sí. Flores del desierto. El amplio y solitario desierto, que desde tiempo inmemorial ha hechizado a los hombres. Hay personas que lo encuentran yermo y lleno de molestias, pero a mí me gusta verlo después de las lluvias de primavera, cuando florecen la verbena, la vellorita y el lirio. El pensarlo solo me encanta. Como dijo el profeta

Isaías: «Y el desierto se alegrará y florecerá con la rosa, y el cauce seco se llenará de agua, y la tierra sedienta calmará su sed». ¿Conoces a Isaías, Jim? —Acabó, volviéndose al hermano de Cathy.

—No, no lo recuerdo. Conozco a tanta gente.

La joven cerró la ventana y revolvió en el fondo de uno de los amplios cajones del comodín. Parecía afectada por algo. Una expresión ausente había sustituido de pronto a la alegría de unos segundos antes.

Sacó varios objetos, que fue colocando cuidadosamente sobre el lecho.

—Olvidábamos algo de la mayor importancia, Joe.

Cameron miró los objetos. Una colección de «sulphides». Verdaderas obras de arte hechas con un esmero exquisito y una destreza magistral por los artífices del cristal de la Francia del pasado siglo. Eran pisapapeles que encerraban camafeos de eminencias, entre los hombres y mujeres de la época en que la mágica coloración había llegado a una perfección ilimitada. Cathy había sacado una colección de seis piezas.

—Preciosos, ¿eh, Cathy?

—Ésa parece ser la opinión de Donald Reed. La miró con redoblado interés. Había oído hablar de Donald Reed. Un millonario excéntrico. Durante las primeras semanas de prisión de Joe, había llevado a cabo varias tentativas para entrevistarse con el «gángster». El

F. B. I.,

se lo impidió. Joe era un preso especial por todos los conceptos.

—¿Estuvo Donald durante mi ausencia? Quiso hablar conmigo en la prisión de Fresno. Pero los federales impidieron que se celebrase la entrevista.

—Estuvo, desde luego.

—¿Qué diablos quería?

—Los pisapapeles. Tiene el afán obsesivo del coleccionista... Su instinto posesivo se despierta ante los pequeños milagros de flores, insectos, frúas y todos los trabajos exquisitos del cristal. Estaba dispuesto a pagar veinte mil dólares por tus «sulphides».

—Los valen, Cathy. Son verdaderas obras de arte.

—No seas cínico. El viejo Chris los hizo para ti.

Cameron tragó saliva. Había dado un patinazo. Pero se rehízo

con rapidez.

—Son una obra de arte de todas formas El viejo Chris es un gran artífice.

Hizo un paquete con ellos.

Media hora más tarde penetraban en el amplio vestíbulo del «New Hotel», cercano al Embarcadero.

Cameron tomó una habitación para lo joven. Él y Jimmy ocuparían otra contigua a la de Cathy.

Jim se acostó inmediatamente. No parecían haberle afectado demasiado los últimos acontecimientos, ya que sus sonoros ronquidos llenaron pronto los ámbitos de la habitación.

Cameron pasó al apartamento de Cathy antes de retirarse a descansar.

—No creo que ocurra nada —dijo—. Pero de no ser así, no vaciles en gritar. Duermo siempre con un ojo abierto. Y los oídos alerta.

—Y la pistola preparada, ¿verdad, Joe?

—Desde luego.

Cathy empezó a desvestirse.

La combinación de nylon trasparenteaba una visión que le dejó sin aliento.

—Buenas noches, Cathy.

Se volvió apresuradamente.

—¿A qué viene este absurdo proceder, Joe? —inquirió ella.

Volvió a tragar saliva. Con más dificultad que antes.

—Antes dijiste que todo aquello que nos unió y que tanto significó para ti, estaba muerto y enterrado. Quiero resucitarlo. Ganar de nuevo tu corazón y tu cariño. Haré lo que sea para lograrlo. Mientras no lo haya conseguido... Bueno; no quiero que tu proceder para conmigo se deba exclusivamente a tus obligaciones y deberes de esposa. Ha de ser algo más profundo lo que te traiga a mí. Y, lo lograré. Buenas noches, Cathy.

Ella no respondió al saludo.

Cameron lo achacó a su sorpresa. Pero hubiese empezado a preocuparse seriamente de haber podido ver la enigmática sonrisa que curvaba los labios de la joven.

V

CAMERON se levantó temprano. Bajó al comedor y ocupó una mesa instalada en el ángulo frente a la entrada.

Consultó el reloj pulsera.

Las ocho.

Desayunó y salió al «*hall*». Encendió un cigarrillo antes de acercarse al amplio mostrador.

El encargado del Registro le saludó con atenta cortesía.

—¿Alguna carta para mí? Joe Morris. Habitación número 52.

El hombre examinó el casillero de la pared y entregó al joven un sobre rectangular.

Salió a la calle. Allí lo rasgó y leyó el breve mensaje que contenía en su interior.

«A las nueve, en el “Columbus”.

»Butcher».

Se encaminó a pie al «Columbus». Un establemente de no muy buena reputación.

El inspector le aguardaba en un pequeño reservado de la planta baja, junto a la pista de baile, vacía a esas horas.

Ocupó asiento frente a él y aceptó el cigarrillo que le ofrecía.

—¿Cómo van esas cosas, muchacho?

—Yo diría que demasiado aprisa. ¿Se enteró de lo ocurrido en el tren?

—Desde luego. Su aventura ha tenido un principio espectacular y sangriento.

—Lo siento, inspector. No pude evitarlo.

—No lo sienta demasiado. El enemigo muerto es el único que no puede hacerle daño. Ha librado al mundo de dos reptiles venenosos.

Aunque le parezca algo inhumano mi modo de expresarme, en el fondo es la verdad desnuda y pura. Bien; ¿quién es la hermosa rubia que le abordó en el restaurante «Californian»?

—¿Me ha seguido los pasos todo el tiempo?

—Ésa fue mi primera intención. Pero algo falló. El agente encargado de custodiarle perdió la pista cuando usted y la rubia desaparecieron en las dependencias del restaurante.

—Se llama Judy Betles. Estuvo en contacto con Joe Morris después del robo de los planos y antes de su detención en Fresno.

—Cuéntemelo despacio.

Se lo explicó todo. Al acabar, la frente de inspector se plegaba en diminutas arrugas.

—De forma que Judy Betles y Chan So Kee pertenecen a una red de espionaje. Habrá que vigilarlos de cerca. Sin descuidar al «Buitre» por supuesto.

—Deje al «Buitre» de cuenta mía, inspector. Y a la rubia y al chino.

—Bien; ¿cómo le fue con Cathy?

—Es una buena chica.

—Lo celebro.

—¿Por qué?

—Por usted. Me parece que empieza a significar en su vida más de lo que significó para Joe Morris.

—No precipite los acontecimientos.

—No trato de hacerlo. Pero la psicología es una ciencia muy interesante, muchacho. Estúdiela.

Cameron dejó transcurrir una breve pausa.

—No se exceda en enviar hombres tras mis huellas. Podría levantar la caza. Y será lamentable un retroceso ahora que tan adelantadas van las cosas.

—Nadie irá tras sus huellas, Cameron. De ahora en adelante obrará por su cuenta y riesgo. Pensé que necesitaría ayuda para salvar los primeros escollos. La práctica me ha demostrado que estaba equivocado. En un solo día ha reducido los efectivos humanos del «Buitre». Eso demuestra que no precisa ya los servicios de la niñera. Pero andese con cuidado, Cameron. El enemigo es sutil y peligroso. En caso de emergencia, no deje de ponerse en comunicación conmigo. Grabe en su memoria este número de

teléfono y márkuelo al menor síntoma de alarma. Yo estaré pendiente de esa llamada. A cualquier hora del día o de la noche. Este número no figura en lista.

Cameron estudió las cifras apuntadas en el papel que le enseñaba el inspector. Lo grabó en su mente y redujo el papel a minúsculos fragmentos.

—De acuerdo, inspector.

Butcher le tendió la mano.

—Suerte, muchacho. No olvide que una gran parte del prestigio del

F. B. I.,

gravita sobre sus hombros.

—Procuraré hacer honor a esa confianza, inspector.

—Lo sé. Suerte, repito, y adiós.

—Adiós no. Hasta pronto.

Jimmy Rodes acabó de peinar su rebelde cabellera ante el espejo del lavabo. Luego fue a ocupar asiento junto a la mesita donde la camarera había dejado la bandeja conteniendo el desayuno.

Cathy parecía preocupada.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó, sirviéndose una taza de café—. No tienes motivos más que para estar de enhorabuena. Joe parece mucho mejor que antes. Hace unos meses, me hubiese puesto de patitas en la calle. En cambio, se ha portado como un caballero con los dos.

—Tú también has notado la diferencia.

—Oye, Cathy. ¿Quieres hablar claro? Parece como si hubieses visto una legión de fantasmas.

—Es posible que los haya visto. Pero no una legión, si no a uno solo.

—¿El fantasma de quién, hermanita?

—De Joe Morris. De mi esposo.

Jim se atragantó.

—Parece haber cambiado mucho, desde luego. Antes era déspota, violento, grosero... Ahora parece la amabilidad y la comprensión en persona. Es muy distinto a como era. Ya lo hemos hablado antes.

—Tan distinto... que no es él.

Jim volvió a atragantarse.

—¿Qué significan tus palabras?

—Lo que has oído. Ese hombre no es Joe.

—No lo entiendo —confió tras meditar brevemente las palabras de Cathy—. ¿Cómo y cuándo has llegado a esa concusión?

—Anoche. Lo sospeché desde el primer momento. El hecho de que entrase en el apartamento a pesar de la señal anunciadora del peligro, me lo hizo sospechar. Y aumentó mis sospechas su correcta forma de comportarse y sus vacilaciones al evocar viejos recuerdos. Cuando lo besé, lo hice para tener una prueba definitiva de su falsedad. Joe tiene una pequeña turgencia en el borde del labio superior. Una antigua verruga mal curada. Este hombre carece de ella. Además, está el detalle de los pisapapeles. Y el de las flores. Joe las odia con toda su alma. Su primer impulso hubiese sido destrozar las plantas. En cambio...

Jim apuró el café de un trago. Las palabras de su hermana le preocupaban.

—¿Quién crees que puede será?

—Al principio pensé que ejecutaría la farsa por cuenta del «Buitre». Parecía corroborarlo el hecho de que dejase escapar con vida a Berger y a Down. Ahora veo que estaba equivocada. Después de saber que ha borrado del mundo de los vivos a Chase, Edén y Sale. Tres hombres al servicio del «Buitre».

—¿Entonces?...

—La rubia Judy no debe ser ajena al tinglado.

Callaron. Alguien había golpeado con los nudillos en la puerta.

Fue Jim quien se acercó empuñando su viejo «colt».

—¿Quién va?

—Soy Chris. El viejo Chris. Necesito hablar con Joe.

Le franquearon la entrada.

El viejo Chris no contaría arriba de los cincuenta años. Pero el alcohol y otros vicios inconfesables le habían minado el organismo, convirtiéndole prematuramente en un viejo decrepito.

Entró, paseando su astuta mirada por la estancia.

—¿Y Joe?

—Salió temprano. No tardará en regresar. ¿Quiere una taza de café? —le ofreció Cathy.

El hombre aceptó.

—¿Qué espera obtener de Joe, abuelo?

—No seas curiosa, hija. La curiosidad es madre de todos los vicios.

Los ojillos de Jim se achicaron al percatarse de las señas de su hermana. Las señales eran fáciles de interpretar. Demasiado fáciles. Y no le gustaba nada aquello. Y mucho menos después de saber que el hombre que se hacía pasar por Joe Morris podía resultar más peligroso que el «Buitre».

Se metió en el dormitorio. Y volvió a poco portando una botella de «*whisky*».

Cathy llenó hasta el borde la taza del viejo.

—Beba, Chris. Tengo la impresión de que se halla usted en un apuro. Esto le reanimará.

El viejo la envolvió en una mirada de agradecimiento.

Jim desorbitó los ojos viendo como el viejo se bebía el ardiente líquido como si fuese agua. Se despidió mentalmente de su preciada botella.

Después de la tercera taza. Chris hablaba con lengua estropajosa. Pero estaba eufórico. Justo el estado en que Cathy lo necesitaba.

Le llenó la cuarta taza y le dejó la botella por su cuenta.

El nivel del líquido bajó de un modo alarmante en el minuto siguiente.

—¿Para qué necesitaba a Joe? —empezó a preguntar la joven, segura de obtener respuesta ahora.

—Estoy atravesando una mala racha, Cathy. Una racha endiabladamente mala.

—¿A qué llama usted una mala racha?

—A la falta de trabajo. Tengo los bolsillos vueltos del revés.

—Póngales cremalleras, abuelo —terció Jim—. Si piensa...

Cathy le hizo callar con imperioso ademán de su diestra.

—No seas malintencionado, Jim. El viejo Chris es una buena persona.

—Gracias, hija —hipó—. Jamás olvidaré esas palabras. Uno se siente feliz sabiendo que hay alguien en el mundo que sabe comprendernos.

—¿De veras espera que Joe le ayude a salir de apuros?

—Naturalmente. Debe hacerlo.

—¿Por qué?

—En cierta ocasión le hice unos pisapapeles.

—Se los pagó.

—Sí. Es posible que me pagara por ellos mía de lo que valen en realidad. Pero hay algo.

—¿Qué es ello, Chris? —le animó la joven—. Soy la esposa de Joe. Usted lo sabe. Sus secretos son los míos.

—Tienes razón, Cathy. Bueno; la verdad es que ignoro en el fondo la importancia que pueden tener los papales que Joe me hizo esconde en el interior de cada «sulphide». Pero yo creo que la tienen, y mucha. Joe insistió en que yo debía ser sordo y mudo de entonces en adelante. Lo prometí. Y me he mantenido fiel a mi palabra. No creas que he pensado hacerle víctima de un asqueroso chantaje. No y mil veces no. Pero la mala racha me obliga a... a solicitar un anticipo. Sólo lo suficiente para salir del paso, tú tienes que ayudarme, Cathy Joe prometió llenarme el cuerpo de plomo si me iba de la lengua. Es muy capaz de hacerlo. Aunque lo ha mantenido bien en silencio.

Cathy no hizo caso de las frases que siguieron en ininterrumpida sucesión. El «*whisky*» estaba haciendo su efecto. Pero ella ya sabía lo que le interesaba.

—¿Cuánto necesita, Chris?

—Cien dólares son suficientes.

Cathy los sacó de un bolso de piel.

Al viejo se le desorbitaron los ojos. Tomó los billetes con manos temblorosas y los introdujo en uno de los insondables bolsillos de su raída americana.

La muchacha lo empujó hacia la salida, acallando las continuas frases de agradecimiento.

—¿Has comprendido, Jim? —dijo, volviéndose a su hermano—. La casualidad ha puesto al alcance de nuestras manos la solución de un misterio.

—No he comprendido nada, Cathy. Y no sé de qué misterio estás hablando.

Los planos que Joe robó en el «National Bank» de Colorado Spring. Se hallan dentro de los «sulphides» que el viejo Chris construyó para Joe.

—¡Diablos! Tienes razón. No había caído en ello. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Pues...

Se acercó al amplio balcón en actitud pensativa.

—Creo que lo mejor será ponernos en contacto con la policía de San Francisco. Confesarle la verdad. O quizá sea mejor comunicar directamente los hechos al

F. B. I.

—Lagarto, lagarto. ¿Y Joe? ¿Cómo reaccionará cuándo sepa lo ocurrido?

—¿Crees que Joe se hallará en disposición de reaccionar de un modo u otro?

—¿Piensas que puede haber muerto?

—Si este hombre pertenece a la organización de Judy Betles, es lo más probable. De otro modo no se hubiese atrevido a suplantar su personalidad.

Jim dejó escapar un silbido de sorpresa.

—Valiente enredo nos ha salido al paso, Cathy. Creo que lo mejor será que tomemos esta misma tarde el tren y no paremos hasta Nueva York.

—Ni lo sueñes, Jim. En mi opinión...

Cortó en seco la frase.

—¡Mira!

Jim posó la mirada en el punto de la calle, frente al hotel, donde Cathy le señalaba. Había un coche parado junto al bordillo de la acera. De él acababa de salir una rubia sensacional. Judy Betles.

Durante unos segundos pareció discutir algo con el viejo Chris, que acababa de emerger del «New Hotel». Al fin, el hombre penetró en la parte posterior del coche. La rubia subió tras él. Y el vehículo arrancó seguidamente.

—Esto pone las cosas al rojo vivo —dijo—. Lo más seguro es que el viejo Chris se explaye a gusto con esa gente. No se detienen ante nada para conseguir sus propósitos. Y nosotros no podemos permanecer cruzados de brazos ante los acontecimientos que se avecinan. De momento, lo más urgente es poner a salvo los «sulphides». De eso vas a encargarte tú.

—¿Yo?

—Exactamente. Llévaselos a Donald Reed. Ahora mismo. En su casa estarán seguros. Yo lo llamaré entretanto por teléfono. Para darle una disculpa. Puedo decirle que sospechamos que se trata de

una falsificación y queremos oír su fallo al respecto.

—¿Por qué no vas tú, hermanita? Este asunto huele endiabladamente a podrido.

—Quiero estar aquí cuando regrese... Joe. Necesito saber a qué atenerme con respecto a él antes de ponerme en contacto con el F. B. I.

No sé por qué, me dolería... Bueno, eso no te importa a ti. Prepárate a salir inmediatamente. Y no discutas mis órdenes.

El viejo Chris miró de soslayo a Judy, que le sonrió de un modo provocativo. Para un viejo epicúreo como él, cien dólares en el bolsillo y la proximidad de una mujer como la que llevaba al lado eran algo más que suficiente para hacerle 1 feliz.

Alargó la mano y acarició la tersa piel del brazo femenino.

—Eres toda una belleza, muchacha —susurró.

Judy le dejó hacer, venciendo su repugnancia. La pasividad de la rubia y el «*whisky*» ingerido le dieron nuevas alas.

—No se ponga pesado, abuelo —le amonestó, rehuyendo su caricia—. Está usted hecho una verdadera porquería. No le he llamado precisamente porque sea usted un adonis, sino para que se gane unos dólares a cambio de casi nada.

Chris se puso serio y se encerró en un mutismo absoluto. Aquel modo de llamarle abuelo le había llegado al alma.

El coche se detuvo frente a la tienda de Chan So Kee.

Judy se apeó.

—Sígueme, viejo. Hemos llegado.

Cristopher miró desconfiadamente la fachada. Empezaba a no gustarle nada todo aquello. Siempre había sentido una vaga aprensión hacia lo orientales. Y siempre, también, rehuyó el Barrio Chino como si fuera un lugar contaminado.

La rubia comprendió cuanto pasaba por su ánimo y disipó sus últimas dudas. Sabía manejar a los hombres. A todos, menos a uno. Porque Joe Morris, a pesar de todo, siempre sería para ella un cochino cobarde.

Le pasó el brazo por los hombros. Y Chris la enlazó por la cintura de un modo instintivo. Así ascendieron la breve y empinada escalera. El propio Chan So les franqueó la entrada. Los herméticos rostros de los dos chinos que parecían esperar su llegada, le

causaron a Chris una impresión peor que la de la fachada de la tienda. Tenía la vaga impresión de haberse metido de lleno en la boca del lobo.

Chan So Kee le ofreció un vaso de vino de rosas. Antes que lo hubiese paladeado, el oriental puso ante él dos billetes de mil dólares.

—Es la segunda vez en pocas horas que propongo a alguien conversar prescindiendo de los formulismos orientales —empezó a decir—. La primera fue a Joe Morris. La segunda, ahora, a usted. Vamos a hablar sin ambages. Al estilo occidental.

Chris se encogió de hombros. Y lo invitó a explicarse con un gesto.

—Anoche acudió usted al apartamento de Joe Morris. Aunque no llegó a entrar. Vio a Joe despachar en paños menores a dos hombres de la pandilla del «Buitre». Y debió considerar que no era el momento más oportuno para entrevistarse con él. Lo siguió hasta él «New Hotel». Y está mañana volvió. ¿Para qué, señor Chris? ¿Qué clase de asunto es el que llevan entre manos usted y Joe?

—Ningún asunto. Andaba necesitado de dinero y fui a pedírselo.

—¿Por qué a él?

—Porque Joe y yo...

Calló. El chino lo había llevado a un terreno resbaladizo. Y debía andar con sumo cuidado para no dar un serio patinazo.

—Hice unos trabajos para Joe. Hace tiempo.

—¿Qué clase de trabajos?

—Pisa papeles. Imitaciones de «sulphides» de la Francia del pasado siglo. Quedó muy contento de mi labor. Y pensé que bien podía adelantarme unos dólares, hasta que las cosas rueden un poco mejor para mí.

Chan So adelantó el busto hacia él.

—¡Miente! Es usted un maldito embustero. Chris se puso lívido. Apretó los puños y casi pegó su rostro al del chino.

—Oiga, Fu-Manchú —escupió—. Lo que haya habido entre Joe y yo es algo que no le importa lo más mínimo.

—Se equivoca, amigo. Es algo que me importa, y mucho.

—¡Váyase al cuerno! Y no cuente conmigo. No pienso decirle nada. No me gustan las caras de ojos medio cerrados y color de arroz cocido con azafrán. ¿Se entera bien de lo que le estoy

diciendo?

—Perfectamente —replicó Chan So, sin perder su aparente ecuanimidad—. Y ahora entérese usted de lo que voy a decirle.

Se hizo ligeramente a un lado, cogiendo los billetes que había dejado sobre la mesita.

El viejo Chris apenas se apercibió de su maniobra. Sus ojos permanecían hipnóticamente fijos en el negro cañón de la pistola que el otro chino acababa de colocar a escasas pulgadas de su cabeza.

—No quiero tener en cuenta sus insultos —habló Chan So—. Díganos la verdad y estos dos billetes serán suyos. Si se obstina en callar, una píldora de plomo le obligará a guardar su secreto toda la eternidad.

Chris tragó saliva. Con dificultad.

—Si Joe se entera, me matará. Prometió hacerlo. Y es de los que cumplen su palabra.

—Nosotros le pondremos lejos del alcance de Joe —terció Judy—. Jamás podrá encontrarlo.

Chris respiró hondo. Sin captar la profunda ironía de las palabras de la rubia.

—Bien —susurró, apoderándose de los billetes—. Ustedes ganan.

Bebió un trago del aromático vino antes de decir:

—Joe me encargó unos pisapapeles especiales. En el interior de cada uno introdujo unos pliegos de papel de regular tamaño, convenientemente plegados.

—¿No vio usted esos papeles?

—No. Pero siempre sospeché que se trataba de los planos robados en el «National Bank» de Colorado Spring. Joe me pagó bien. De forma que me mantuve fiel a mi promesa de guardar un absoluto silencio acerca de ello.

—¿Cómo se abren esos pisapapeles?

—De ninguna forma. Hay que destruirlos para sacar los planos.

—Perfectamente. Es todo cuanto necesitaba saber. Loui Wong —señaló al otro chino—, le acompañará. Es mejor que nadie le vea salir de esta casa. Joe nos conoce.

Loui Wong guardó la pistola. Enlazó amistosamente por un brazo al viejo Chris y lo condujo a una habitación contigua. La habitación comunicaba con una galería encristalada y ésta con un

patio, en cuyo centro se veía el brocal de un viejo pozo.

Bajaron al patio, rodeado de alta tapia.

Wong destapó el pozo y lo invitó a asomarse con un gesto.

El fondo estaba seco. Y en uno de los costados, a ras del suelo, se abría la negra boca de una amplia concavidad.

—¿Dónde conduce eso? —preguntó.

Loui sonrió irónico.

—Lejos del alcance de Joe Morris.

Sacó un pedazo de pan del bolsillo y lo arrojó al fondo.

Al viejo Chris se le erizó el cabello. Millares de ratas hambrientas se apelotonaron en el fondo del pozo, disputándose el bocado.

Miró al chino. Aterrorizado. Porque, de pronto, la verdad se había abierto paso en los vapores del alcohol que enturbiaban su cerebro. Y la aviesa sonrisa del oriental no dejaba lugar a dudas.

Retrocedió dos pasos.

Loui se le echó encima. Le arrebató los billetes que Chan So le había entregado.

Consiguió colocar un puñetazo en la nariz del chino, haciéndole arrojar un chorro de sangre. Pero no pudo evitar que éste lo llevara hasta la boca del pozo.

Se asió con desesperación a las piedras del brocal, rompiendo sus uñas y desollando las yemas de sus dedos. Así permaneció unos segundos, luchando por evadirse al trágico destino que Chan So le había reservado.

Los chillidos de las ratas parecieron taladrarle los oídos y las sienes.

Loui sacó su pistola. Era repugnante la expresión de su rostro, contraído en una mueca de profundo sadismo. Golpeó con la culata las manos de Chris. Una y otra vez. Hasta romperle varias falanges.

El viejo Chris lanzó un desgarrador aullido al sentirse precipitado al vacío. De su garganta una amalgama de sonidos espeluznantes cuando los agudos colmillos de las ratas empezaron a hacer presa en sus carnes.

Loui tapó el pozo, guardó la pistola y penetró en la casa.

—¿Ya está listo el viejo Chris? —preguntó Judy.

—Para el vicioso Chris han terminado las preocupaciones en este mundo.

—Debía tener el cráneo demasiado blando, ¿no, Wong?

—Lo ignoro, señorita Judy. No le golpeé el cráneo. No merecía gastar una bala ni ensuciar a culata de la pistola con su sangre. Las ratas darán buena cuenta de él.

Judy se estremeció. Pero no dijo nada.

—Vamos al «New Hotel» —intervino Chan So Kee—. Debemos obrar con rapidez. Antes que pueda reaccionar o vender los pisapapeles al mejor postor.

VI

LOUI Wong quedó en el coche, junto al hermético conductor.

Fue Judy la que se acercó al encargado del Registro, solicitando el número de habitación de Joe Morris. Se lo dio. Y cuando el chino y la mujer entraron en el ascensor, el hombre comunicó por teléfono con el interesado.

No estaba. Y fue Cathy quien respondió a la llamada.

—Acaban de preguntar por el señor Morris. Un chino y una joven rubia. Suben en el ascensor. Pensé que le interesaría saberlo.

—Desde luego. Ha sido usted muy amable.

Cathy colgó el auricular. Y se dispuso a recibir a los dos personajes. Parecían tener una prisa exagerada por hacerse con los planos.

Respondió secamente al frío saludo de Judy y a la leve inclinación del oriental.

—¿Dónde está Joe? —preguntó la rubia.

—Salió. Ignoro cuándo estará de regreso.

—Usted debe saber el asunto que liga a Joe con nosotros —intervino el chino.

—Lo sé. Quieren los planos que cogió en Colorado Spring. ¿Para quién trabajan, Chan So? ¿Quizá la China comunista?

—No trabajamos para nadie, señorita Morris. Nuestro interés es puramente científico.

Cathy rió sonoramente.

—¿De veras me cree tan ingenua como para tragarme ese cuento?

—No hemos venido aquí a discutir acerca de su Ingenuidad.

—Pues es de lo único que podemos hablar.

—Se equivoca, señorita Morris. Son muchas las cosas de las que

podemos hablar. Por ejemplo, de los pisapapeles que el viejo Chris hizo para Joe.

Cathy se puso seria de repente. ¿Conque el viejo Chris se había ido de la lengua?

—Bien; podemos hablar también de eso Joe les pidió ayer cuatrocientos mil dólares por los planos. Pero luego cambió de opinión. No quiere venderlos. Más concretamente, no se los quiere vender a usted.

—No he venido a comprarlos. Ayer, mientras ignoraba el paradero de esos planos, estaba dispuesta a estudiar su proposición. Pero hoy las cosas han cambiado. Sé dónde se encuentran y he decidido llevármelos sin pagar un solo centavo a cambio de ellos. Usted me comprende, ¿verdad, señorita Cathy?

La joven se puso tensa. Claro que lo comprendía. Y había algo más. Si Chan So Kee estaba dispuesto a apoderarse de los planos por la fuerza, Joe y ella misma quedaban sentenciados a muerte a partir de ese instante. Era el único medio de evitar que el secreto de la organización de espionaje fuese revelado a las autoridades.

Se sentó frente a la mesita. Tranquilamente. Ni siquiera la inmutó el hecho de que el chino la amenazara ahora con una pistola de largo cañón, provista de silenciador.

Judy se encargó de registrar el apartamento. Lo hizo a conciencia. De forma que cuando acabó, la habitación parecía haber sufrido los efectos de un furioso vendaval.

—No están, Chan So.

Los labios del chino esbozaron una enigmática sonrisa.

—¿Dónde están, Cathy? —preguntó en tono glacial.

—En sitio seguro.

—¿Joe se los llevó?

—No. El también ignora dónde se encuentran en este instante. Ha sido cosa mía.

Los oblicuos ojillos del oriental se achicaron al máximo.

—Basta una ligera presión en el gatillo para que todo quede terminado. ¿De veras desea que ejerza esa levé presión?

—Hágalo y todo estará perdido para usted. Antes que subieran, el encargado del Registro me llamó para darme cuenta de su visita. La Policía se les echaría encima rápidamente. Y a usted no le interesa por ningún concepto que las fuerzas de la Ley puedan

meter las narices en sus sucios negocios.

Chan So Kee sopesó las palabras de la joven.

—Tiene razón —concedió al cabo de un rato—. No me conviene un asesinato a sangre fría. Pero usted sabe que en un momento de desesperación no vacilaría en apretar el gatillo con todas sus consecuencias. Usted viene con nosotros. Llevaré la pistola empuñada en el bolsillo. No me fuerce a disparar. Es posible que yo fuese a parar a las garras de la Ley. Pero a usted no iba a servirle de consuelo.

Cathy leyó en la expresión del chino la firme resolución de llevar adelante sus amenazas. Por eso se plegó a su voluntad, sin intentar nada desesperado por escapar a su poder. Tenía la esperanza de que Joe, a quien ya sabía desligado de los espías de Chan So, intentaría algo por rescatarla.

Cameron penetró en el vestíbulo del «New Hotel» minutos más tarde de que el coche de Chan So partiera en dirección al Barrio Chino, conduciendo a su prisionera.

Se encaminó al ascensor.

Se fijó de pronto en el hombre que leía una revista gráfica sentado en uno de los cómodos butacones del recibidor. El hombre mantenía la revista extendida ante él, ocultando su rostro. Pero algo en su silueta le fue vagamente familiar.

Encendió un cigarrillo sin dejar de observar con el rabillo del ojo al individuo.

Éste bajó ligeramente la revista.

Lo reconoció. Era Down.

Siguió adelante. Con la mano diestra introducida entre la americana, presto a empuñar la pistola al menor síntoma de alarma. Si los hombres del «Buitre» habían localizado su nuevo alojamiento, los acontecimientos no tardarían en precipitarse.

Se aproximó al nutrido grupo que aguardaba la llegada del ascensor.

El hueco formado entre éste y la escalera le proporcionó un buen escondite.

Cuando el ascensor inició la subida, vio a Down galopar hacia una portezuela disimulada tras unas cortinas. Su voluminoso cuerpo se balanceaba de un modo grotesco. Tan grotesco como la noche pasada. A pesar de la ropa.

Cameron siguió sus pasos al verle entrar y cerrar la puerta tras de sí.

Pegó el oído a la delgada hoja de madera.

—Nuestro amigo acaba de meterse en la jaula —le oyó decir en voz queda.

Nada más. Seguidamente, el leve chasquido de una clavija al ser desconectada. Se trataba, pues, de una centralita.

Se plantó frente a la puerta. Y cuando el gordo la abrió, lo empujó adentro y volvió a cerrar de una patada.

Down le miró boquiabierto, con la expresión de quien acaba de ver a un ser irreal.

—No... no es posible —balbució.

—Ya lo creo que es posible. ¿Dónde está la telefonista?

—Esta centralilla sólo se usa a determinadas horas del día. No tiene servicio permanente.

—Pronto os habéis puesto al corriente de todos los pormenores.

Calló de súbito. Afuera acababa de resonar un gran estruendo. El estruendo de un objeto muy pesado estrellándose contra el suelo tras una caída desde varias yardas de altura. Estrépito de maderas y cristales al fragmentarse. De hierros al golpear violentamente unos con otros. Luego... gritos de pánico, quejidos de dolor, imprecaciones, carreras...

Cameron lo comprendió todo de repente. El ascensor acababa de precipitarse desde regular altura, con la carga humana que portaba en sus entrañas. Down había dado la señal. Y, en respuesta, otras manos criminales habían cortado el cable, provocando la catástrofe.

Hundió el cañón de la pistola en el abultado abdomen de Down.

—Conque vuestro amigo acababa de meterse en la jaula, ¿eh, Down? ¿Qué os proponías conseguir con este crimen repugnante?

Era terrible la expresión de su faz. Y Down le miró con temor.

—Teníamos la esperanza de que saldrías con vida del accidente. Debíamos recogerte y llevarte con nosotros. Y si morías...

Se encogió de hombros.

—Muy ingenioso. Y para cogerme y matarme era necesario sacrificar Dios sabe cuántas víctimas inocentes. ¿Quién cortó el cable?

—Bergen.

Lo redujo a la inconsciencia a culatazos. Luego conectó con el

exterior y marcó el número correspondiente a la seccional del F. B. I.

Comunicó brevemente lo sucedido, sin darse a conocer.

Lo ató a conciencia antes de abandonar la centralilla. El gordo Down no volvería a molestarle más.

En el vestíbulo reinaba una espantosa confusión.

Apretó las mandíbulas al cruzar junto al lugar de la catástrofe, donde varios hombres se afanaban en retirar los cuerpos amontonados en el reducido espacio.

Vio a una mujer joven, de esculturales líneas, tendida en uno de los ángulos del destrozado ascensor. Su cráneo había quedado reducido a una especie de pulpa sanguinolenta. A su lado, un muchacho como de unos diez años, con la cabeza materialmente hundida entre los hombros.

Corrió escaleras arriba. Hasta alcanzar la última planta.

Su paso se tornó más lento, más precavido, al ascender el último tramo que comunicaba directamente con el alto del edificio.

La trampilla estaba abierta.

Asomó la cabeza con precaución. Allí, a pocos pasos de la abertura, divisó el tinglado mecánico que ponía en funcionamiento el ascensor. La gran polea y el «automático», para invertir la marcha del potente motor eléctrico o desconectarlo en el punto marcado de antemano.

Se adentró en el sombrío hueco. Vio el extremo del cable, cortado con un esmeril en forma de sierra circular.

Asomó la cabeza por la fuera. Y su rostro se contrajo en una mueca de feroz alegría.

Acababa de ver a Bergen. El hombre caminaba casi a gatas por el plano inclinado del tejado, adoptando infinitas precauciones para no perder pie en las resbaladizas tejas, que las lluvias del día anterior habían convertido en una especie de pista encerada.

—¡Bergen! —le gritó—. Te tengo encañonado. Vuelve aquí. Te olvidas algo. Por ejemplo, una sentencia de muerte en la cámara de gas.

Bergen se estremeció. En lugar de obedecer, aceleró su marcha hacia el tejado de la casa contigua.

Cameron disparó entonces.

Bergen lanzó un gemido al sentir la mordedura del plomo en su

pierna izquierda. Perdió el equilibrio y resbaló por el plano inclinado.

Fueron inútiles sus esfuerzos por asirse a las escurridizas tejas. Desprendió dos y sólo frenó su vertiginoso descenso al llegar al canalón de desagüe.

Cameron observó sus trágicas evoluciones.

Logró agarrarse al canalón y la esperanza brilló fugazmente en sus ojos. Sólo unos instantes. Hasta que la curvada chapa emitió un seco crujido al arrancarse los pernos que la inmovilizaban a la pared.

Un aullido infrahumano brotó de su garganta al precipitarse al vacío. El choque de su cuerpo contra la acera resonó por sobre todos los demás ruidos que provenían de la calle.

Cameron descendió las escaleras. Pausadamente.

Nadie parecía haberse apercebido de la tragedia ocurrida arriba. La atención de la gente se concentraba en las víctimas del ascensor y en torno al destrozado cuerpo de Bergen.

Entró en la habitación.

Su frente se pobló de diminutas arrugas al percatarse del desorden que imperaba en el apartamento.

Se dilataron de súbito las aletas de su nariz al percibir un suave aroma, como de gardenias.

Rebuscó entre los removidos objetos. Y echó de menos los «sulphides».

La desaparición de los pisapapeles era lo único que no estaba claro para él. El resto lo conocía al detalle. Judy Betles había estado allí esa mañana acompañada de Chan So Kee o de alguno de sus satélites. El perfume delataba la presencia de la rubia.

No se paró a meditar en el porqué de los hechos. Siempre le gustó ir directamente «al grano».

Sin rodeos. Por eso el inspector Burdell decía de él que tenía más corazón que cabeza.

Bajó al vestíbulo.

Los cuerpos de los infortunados ocupantes del ascensor habían sido retirados. Sólo la caja del aparato, destrozada en parte, testimoniaba la tragedia. Y unas manchas de sangre que ensuciaban las astilladas tablas del fondo.

Se acercó al conserje. El hombre estaba pálido, aún no repuesto

del susto recibido.

—¿Cuántas víctimas? —le interpelló.

—Cuatro. Pero lo más seguro es que sean seis o siete. Hay algunos heridos gravísimos.

—¿Usted recuerda a mi esposa?

—Sí, señor. Esta mañana vinieron dos personas preguntando por usted. Un chino y una rubia fenomenal. Su esposa salió poco más tarde con ellos.

—Es todo cuanto quería saber. Gracias, amigo.

Le dio una buena propina.

Cogió un «taxi» y se hizo conducir a la vivienda de Judy. Golpeó con los nudillos en la puerta y esperó.

Percibió un sonido de pasos en el interior, suave, cadencioso.

La puerta se entreabrió unas pulgadas. Cameron la empujó con fuerza. Volvió a cerrar, haciendo caso omiso del denuesto de Judy.

La llevó hasta el «*living*» y la arrojó de un empujón sobre el mullido diván.

La rubia le envolvió en una mirada, provocativa. Vestía una combinación de nylon que trasparentaba sus prendas más íntimas.

—Hola, Joe. ¿Vienes a desquitarte de tu cobardía de anoche?

—Equivocas el camino, preciosa.

La hosca expresión de Cameron la puso en guardia.

—¿Qué quieres de mí? El jefe no ha comunicado nada todavía acerca de tu nueva proposición.

—¿Dónde habéis llevado a Cathy?

—No te entiendo, Joe. ¿Te refieres a tu esposa?

Judy era maestra en el arte del disimulo. Pero el agente sabía a lo que había ido y era inútil que tratara de engañarle.

Se inclinó sobre ella. Con un brillo siniestro en el fondo de sus aceras pupilas.

—Conmigo no sirven los disimulos. Conque desembucha por las buenas. Si me fuerzas a apretarte las clavijas, tú vas a ser la primera en lamentarlo. ¿Dónde habéis llevado a Cathy?

—Empiezo a sospechar que el «*whisky*» no te sienta muy bien.

Cameron disparó el brazo diestro, golpeando el dorso de la mano contra la boca entreabierta de la mujer.

De las comisuras de sus labios brotó un hilo de sangre. Había odio ahora en su mirada. Odio y una recóndita chispa de temor.

El joven empuñó la poblada cabellera rubia y tiró con fuerza de ella.

Los ojos de Judy se arrasaron en lágrimas.

—Esto no es más que el principio. Un pequeño anticipo de lo que te aguarda si te obstinas en continuar jugando.

Judy cambió de actitud.

—Está bien. Te diré todo lo que quieras saber. Pero suelta mi pelo. Luego me cuesta un gran trabajo el arreglarlo.

La soltó.

Judy cogió el bolso que descansaba sobre la mesita.

—He pensado mucho en lo que me dijiste anoche, Joe. Me repugnan los tipos como Chan So Kee. Y me gustan los tipos como tú. Dijiste que los dos juntos podíamos realizar grandes cocas.

—Quiero saber dónde habéis llevado a Cathy. Todo lo demás me importa un rábano.

—Cathy no corre peligro alguno. Te llevaré junto a ella. Y quizá me decida a ayudarte a rescatarla. Mi posición dentro de la organización me permite llegar hasta ella sin que nadie sospeche mis verdaderas intenciones. Pero es necesario que antes lleguemos tú y yo a un acuerdo.

Hablaba en tono persuasivo. Aunque no lo suficiente para acallar los recelos del joven.

—En aquel armario —señaló uno instalado en un ángulo del «*living*»— encontrarás «*whisky*» vasos. Un trago nos vendrá bien a los dos. Creo que lo estamos necesitando con urgencia.

Cameron se volvió. Inició un lento avance hacia el armario. Hasta percibir un leve clic, característico del bolso al ser abierto.

De dos zancadas llegó junto a la rubia.

Judy no pudo sacar su pistola de pequeño calibre. El manotazo del agente se la arrebató, lanzándola lejos de su alcance.

—Tienes que aprender mucho para poder engañar a Joe Morris.

—¡Maldito hijo de perra rabiosa! —barbotó, contraídas sus facciones en un gesto de odio infinito.

—Ya has puesto al descubierto todo tu juego, monada. Ahora me toca a mí. ¿Dónde está Cathy?

—En lugar seguro. Donde no puedes llegar hasta ella.

—Eso es cuenta mía.

Judy estalló en fuertes risotadas. Una risa forzada.

Cameron sintió un extraño cosquilleo en los músculos de su cuerpo al ver el desprecio que irradiaba su mirada.

Arrancó los cordones de las cortinas que ocultaban las ventanas y le ató las manos a la espalda. Luego la obligó a tumbarse boca arriba en el diván.

Judy empezó a mirarle con prevención al verle llegar junto a ella con una botella de «*whisky*».

—Conque nos estaba haciendo falta a los dos un buen trago de «*whisky*», ¿eh, Judy? Pue vas a bebértelo a mi salud.

Apoyó la rodilla en el estómago de la rubia.

Le oprimió la nariz. Cuando abrió la boca en busca de aire que faltaba a sus pulmones, Cameron vertió en ella una buena dosis del *whisky*.

La rubia tosió con fuerza y el ardiente líquido se desparramó por su barbilla y su cara. Al fin logró tragar.

Le pareció que algo que quemaba como el fuego le desgarraba las entrañas. Aquello no era lo mismo que beberlo por puro placer. Enrojecieron sus ojos y su rostro se puso lívido.

Cameron tornó a llenarle la boca de «*whisky*». Repitió la operación tres veces consecutivas, sin apenas darle tiempo a respirar. Hasta que ella le indicó con la mirada que ya tenía bastante. Le dejó recobrar el resuello.

—Está en casa de Chan So Kee —dijo al fin.

—¿Qué espera obtener el chino de ella?

—Los planos.

La miró, perplejo. Antes que preguntara nada, Judy le contó lo sucedido. Desde la visita del viejo Chris, hasta el momento en que Chan la había dejado a ella en su apartamento, prosiguiendo el viaje al Barrio Chino con su prisionera.

—De forma que Joe Morris había ocultado los llanos en los «sulphides» construidos por el viejo Chris —monologó—. Debí suponerlo desde el principio. He sido un torpe.

Judy le miró boquiabierta. Y asustada. De repente tuvo la sensación de encostrarse ante un hombre que acababa de perder el juicio. Cameron se dio cuenta de lo que pasaba por el ánimo de la rubia. Y sonrió enigmático.

—No estoy pasado de rosca, Judy —dijo—. Dentro de muy poco sabrás por qué me he expresado así. Ahora no dispongo de tiempo

para contártelo.

La dejó sobre el diván, sin soltar las cuerdas que aprisionaban sus muñecas. Era el mejor modo de asegurarse su captura tan pronto hubiese liberado a Cathy de las garras del chino.

El miedo brilló en los oblicuos ojillos de Loui Wong al reconocer al hombre que había penetrado en la tienda.

Cameron Long se aproximó al largo mostrador, repleto de delicadas figuras y objetos de porcelana.

—Quiero hablar con Chan So Kee —dijo en tono cáustico—. Dígale que baje.

—El honorable Chan So Kee se halla ausente, señor.

—¿Cuándo salió?

—Hace escasamente un cuarto de hora.

—En tal caso no hay tiempo que perder. Tendré que entenderme contigo.

—Escapa a mi humilde comprensión el significado de sus palabras, señor.

—Es posible. Pero te aseguro que entenderá perfectamente mis actos.

Retrocedió de espaldas y echó el cerrojo de la puerta. Luego volvió a avanzar hasta el mostrador.

—¿Dónde tenéis a Cathy? —le preguntó a boca de jarro.

Wong le miró con expresión de bien fingida sorpresa.

—Sigo sin entender sus palabras, mi honorable señor.

Cameron engarfió la diestra en la pechera de la blusa de seda del oriental y lo atrajo hacia sí. Wong empujó varios objetos con el busto, que se quebraron con alegre tintineo.

—Escúchame bien, mi honorable granuja. Acabo de hablar con Judy Betles. Sé a lo que he venido y no me marchó sin conseguirlo. Condúceme al lado de Cathy. Y te darás por muy bien librado si al marcharme de aquí no pesas unas onzas más que ahora. Unas onzas más de plomo, ¿comprendes?

La faz de Wong amarilleó más de lo normal. Sabía discernir cuándo un hombre está dispuesto a matar y cuándo sus amenazas no pasan de ser puras blandronadas. Cameron se hallaba en el primero de los casos. De forma que optó por hacerle una señal para que le siguiera.

Lo condujo al patio, por la trastienda.

Cameron miró con aprensión el brocal del pozo. Judy le había hablado de él. Era, entre otras cosas, la tumba del viejo Chris.

Wong, silenciosamente, retiró la tapa. Y el joven miró con encontrados sentimientos la escena que se le ofrecía.

Cathy colgaba como un péndulo en el interior del pozo, con una recia cuerda anudada bajo sus sobacos. Abajo, un hervidero de ratas se dedicaban por entero al viejo Chris, cuyos huesos empezaban ya a asomar por varias partes. La sangre empapaba el suelo.

Cathy levantó la mirada al ver penetrar la luz. Era la suya una mirada de extravío. Fiel reflejo del profundo terror que había hecho presa en su corazón y en su mente.

Cameron se conmovió al verla. Entre otras cosas, porque la viuda de Joe Morris, en el poco tiempo que la conocía, había calado muy hondo en sus sentimientos.

Cathy le reconoció de pronto.

—¡Joe! Sácame de aquí, Joe. Esto es horrible. No puedo resistir más.

La sacó. Y posó sus labios en un beso fugaz en los cabellos de la muchacha cuando ésta se le abrazó sollozando.

Loui Wong, al acecho, sacó de entre la blusa un cuchillo de larga y curvada hoja.

El agente tuvo el tiempo justo para apartar a Cathy a un lado y esquivar la feroz cuchillada del oriental. La aguzada punta le produjo un desgarrón en la americana.

Wong perdió el equilibrio al encontrar el vacío. Pero se revolvió con felina agilidad antes que Cameron pudiese lanzarse al ataque.

Los dos hombres se observaron torvamente. Arqueados los cuerpos, tensos los músculos y los brazos ligeramente abiertos.

Loui volvió a la carga. Se lanzó veloz, contra el federal, elevando el brazo arenado.

Cameron le sujetó la muñeca. La retorció despiadadamente, de forma que la punta del cuchillo apuntara recta al pecho del oriental. Durante varios segundos Loui consiguió mantener la distancia poniendo a contribución toda la fuerza de sus músculos. Al fin cedió.

Con un aullido de fiera herida acusó la penetración en sus carnes de la fría y acerada hoja.

Cameron lo empujó lejos de sí.

El terror dilató las pupilas de Wong al golpear sus piernas en el brocal del pozo seco y sentir que se vencía hacia atrás. Manoteó al aire unos instantes antes de desaparecer por la negra boca.

Los chillidos de las ratas se hicieron más estridentes.

Cameron se asomó. Cogió la cuerda que había servido para mantener a Cathy colgada, dispuesto a salvar a su adversario del horrible fin que le aguardaba abajo.

Desistió. Loui Wong se debatía en el suelo en los últimos estertores de la agonía. Nada se podía hacer por él.

Tapó el pozo y se volvió a la joven. Estaba pálida, desencajada.

—Es horrible —susurró cuando el federal llegó a su lado.

—Todo es horrible en este asunto. No pienses más en ello, Cathy.

La enlazó por la cintura para ayudarla a caminar. Una vez fuera, Cameron la condujo a través de un dédalo de callejuelas, hasta dejar atrás el Barrio Chino.

Entraron en un bar. El «Holt».

—¿De forma que el viejo Chris se fue de la lengua, eh, Cathy?

—Sí. Y eso le perdió.

—Lo sé. Tuve una entrevista con Judy antes de acudir a la casa de Chan So. Me lo contó todo. ¿Qué hiciste con los «sulphides»? ¿Los tiene el chino en su poder?

—No. Se los envié a Donald Reed. Jim se encargó de llevarlos. Pensé que allí estarían seguros.

—Lo están.

Cathy bajó la vista al suelo.

—Consiguieron arrancarme la verdad Joe. Ese Chan So es un demonio —acabó, estremeciéndose.

—¿Por qué te dejaron entonces en...?

—Chan So no se fió de mis palabras. Dijo que así tendría tiempo de meditar hasta su vuelta.

Cameron dio un respingo. Eso quería decir que el oriental había acudido sin pérdida de tiempo a la casa del millonario. Donald Reed corría un serio peligro. Porque Chan So recurriría a todo con tal de apoderarse de los planos. Incluso al asesinato. Y él estaba perdiendo un tiempo precioso.

La condujo a la calle. Llamó un «taxi».

—Vas a ir al New Hotel inmediatamente. No abras la puerta a

nadie. Excepto a Jim y a mí. Ten esto bien presente. Voy a tratar de impedir que Chan So huya con los planos. Si ya los tiene en su poder, se los arrebataré como sea. No temas por mí. Estaré de regreso antes de la noche. Entonces te contaré un secreto. Un secreto que me quema el alma.

Ella sonrió a través de las lágrimas que enturbiaban sus pupilas.

—Me parece que no es tan secreto como tú crees. Ten mucho cuidado, muchacho.

Lo besó rápidamente, antes de cerrar la portezuela.

Cameron permaneció inmóvil, viendo alejarse el vehículo. ¿Qué había querido decir en realidad? ¿Se habría dado cuenta de la superchería? Quizá por eso le llamó muchacho, en lugar de Joe. Pero le había besado...

Dejó la explicación para más adelante. Corrió al interior del «Holt» y se metió en la cabina telefónica. Sin molestarse en cerrar la puerta.

Llamó a la central y pidió el número de Donald Reed.

Se cansó de llamar. Nadie parecía oír el repiqueteo del timbre en casa del millonario. Quizá porque los muertos no hablan...

El pensamiento le encorajinó.

Introdujo otra moneda y aguardó la señal. Había llegado el momento de poner en pie de guerra la gran máquina del F. B. I.

El inspector Butcher se alegraría de poner entrar en acción. Debía resultar enervante esperar día y noche la llamada de un hombre metido hasta el cuello en un asunto de verdadera responsabilidad. Más aún, tratándose del más torpe de su promoción.

No efectuó la llamada. Algo duro que se apoyó con fuerza en sus costillas le cortó la acción de girar el disco.

Una mano velluda le arrebató el aparato y lo colgó. Se volvió a medias.

Allí estaba Stuart, rezumando satisfacción por todos los poros de su cuerpo. Y dos pasos más atrás, fuera de la reducida cabina, Vane, sonriendo con dureza.

—Camina despacito hacia la salida, Joe. Y no intentes ninguna jugarreta. A Backer no le interesan los planos tanto como antes. De todos modos nos recompensará si te quitamos de en medio. Claro que el premio es doble por llevarte vivito y coleando. Y pienso

ganármelo íntegro.

VII

EL coche se detuvo con brusco frenazo.

Stuart obligó a apearse al joven a punta de pistola.

Se hallaban ante una casa de señorial aspecto, rodeada por un extenso parque, cerca de la costa y lejos de todo lugar habitado. Tenía aspecto de finca de recreo. Así al menos, se lo pareció a Cameron.

El interior, confortable y modernamente amueblado, reafirmó la suposición del agente.

El «Buitre» se hallaba en un lujoso despacho del primer piso. En compañía de otro hombre de grave continente y gesto austero, que no le fue desconocido.

Lo relegó a segundo término para fijar su atención en Raúl Backer.

Era tal y como Butcher se lo había descrito. El «alias» le sentaba a las mil maravillas. No sólo por sus instintos, sino por sus rasgos faciales. Era un «buitre» en toda la extensión de la palabra.

—El hijo pródigo vuelve a su casa —graznó—. Bien venido, Joe.

—Adelante, «Buitre». Suelta pronto lo que sea —replicó.

—Siempre el mismo, ¿eh, Joe? Ni la cárcel ni nada es capaz de cambiarte.

Cameron captó la ironía del tono de Backer.

—¿Dónde tienes los planos?

—En ninguna parte, «Buitre».

—Escucha eso, Joe, y grábalo bien en tu memoria intervino en tono mesurado el acompañante de Backer. —Sabes que no tienes escapatoria. Tampoco ignoras que somos capaces de todo para...

—Déjeme a mí, senador —le cortó Backer—. Sé cómo entendérmelas con un hombre como Joe.

Cameron miró con redoblado interés al estirado individuo. El hecho de que Backer le hubiese llamado «senador», le reveló de pronto su identidad. Se trataba de Charles Burgwin, antiguo senador por el Estado de California. Hacía años que permanecía al margen de la política. Quizá desde que decidió consagrarse a la vida del crimen. Porque Charles Burgwin parecía ser el «jefe» de la organización que el «Buitre» dirigía como cabeza visible. Así lo indicaba el tono respetuoso con que se había dirigido a él al interrumpirle.

—Ésta vez has dado en hueso, Joe —volvió a graznar el «Buitre»—. Eso es lo que te quería decir el senador. Has dado en hueso. Y cuanto más quieras morder, más fácil perderás la dentadura. Responde a mi pregunta. ¿Dónde están los planos?

—No los tengo yo, si es eso lo que te interesa saber.

—¿Quién los tienes?

—Chan So Kee.

—¿Cuánto te dio por ellos?

—Nada. Se los apropió por la fuerza.

Sintió un movimiento a sus espaldas. Una mano se engarfió en su hombro. Y la voz de Stuart se elevó en tono oneroso:

—¿Le atizo, Backer?

El senador le contuvo con un ademán.

—Nada de eso. Stuart. Creo que Joe nos ha dicho la verdad. Bájalos a la bodega. Es un buen sitio para meditar. Luego decidiremos su suerte.

A trompicones le llevaron por una sucesión de pasillos, hasta la sólida puerta de la bodega, que se abría al pie de una empinada escalera que nacía de la planta baja.

La puerta se cerró tras él con una serenata prolongada de llaves y cerrojos. Al fin cesaron los ruidos y las pisadas de los dos «gángster» se perdieron en lo alto de la escalera.

Miró el tragaluz enrejado. Demasiado sólido, alto y pequeño para intentar nada a través de él.

Se sentó en una caja de botellas. Un tanto desalentado por el sesgo que estaban tomando los acontecimientos. Chan So debía tener ya los planos en su poder. Y él se encontraba atado de pies y manos para evitar que el chino los sacara tranquilamente de los Estados.

—¿Quién es usted, muchacho, y por qué le han traído aquí?

La voz provenía de un ángulo de la bodega, repleta de grandes toneles alineados a las paredes y varias pilas de cajas de embalaje.

Cameron miró en esa dirección.

Se incorporó con un respingo. Se acercó al hombre, apoyado en uno de los toneles, y lo examinó a la escasa claridad que se filtraba a través del tragaluz.

—¿Quién es usted? —inquirió a su vez—. Charles Burgwin es mi nombre.

—Increíble. Acabo de dejarlo arriba, en compañía de Backer. Y es imposible que se encuentre aquí, a menos que tenga alas para volar.

—Carezco de ellas, desgraciadamente. Y hace varias semanas que no salgo de esta bodega.

—Entonces...

—Alguien suplanta mi personalidad. Debe tratarse de un actor consumado. Creo que se llama Sterling. Es todo cuanto sé de él. Una hábil caracterización hace el resto.

—¿Por qué lo eligieron precisamente a usted para realizar la trama?

—Todos los hombres tenemos nuestras faltas. Y yo no soy precisamente la excepción que confirma la regla. Backer realizó ciertos trabajos para mí. Cosas de política, ¿comprende? Luego, al abandonar la vida pública, el hombre quiso hacerme víctima de un chantaje. Me negué en redondo. En realidad carecía de pruebas para llevarlo a efecto. Ahora se las está proporcionando.

Cuando salga de aquí, el senador Burgwin tendrá muchas cosas que ocultar a la justicia. Otro las comete en mi nombre. Pero los testigos son los testigos.

—Un plan diabólico, ¿eh, senador?

—Debe existir otra palabra para calificarlo. Creo que el diablo es incapaz de concebir tamañas sutilezas.

Burgwin le ofreció una botella de *brandy*.

—Beba sin escrúpulos, muchacho. La casa y la bodega son mías.

Cameron empezó a sentirse optimista al paladear el licor.

—Aún no ha contestado a mi pregunta. ¿Quién es usted?

—Joe Morris.

—He oído hablar de usted. Y no muy bien precisamente.

Cameron sonrió al ver que el senador se apartaba de él ligeramente, como si se tratara de un contaminado.

—Es curioso que usted y yo nos hayamos encontrado aquí —dijo—. Porque los dos nos hallamos en un caso igual, sólo que a la inversa.

—¿Qué significan sus palabras?

—Joe Morris murió en la prisión de Fresno. Los dos tenemos un parecido extraordinario. El

F. B. I.,

mantuvo en riguroso secreto la muerte de Joe. Yo soy un agente federal.

—¿Un agente del F. B. I?

—Exacto, senador.

—¿Qué se proponía descubrir?

—El paradero de ciertos planos que Joe robó del «National Bank» de Colorado Spring, la personalidad del hombre que dirige desde la sombra la cuadrilla del «Buitre», y la organización de espionaje que pretende adquirir los planos de Joe.

Burgwin lo envolvió en una extraña mirada.

—¿Ha descubierto algo?

—Creo que he fracasado en toda la línea. Cuando supe el escondrijo empleado por Joe para ocultar los planos, ya era demasiado tarde. Pensé que usted era el cerebro rector de la banda del «Buitre» y acabo de comprobar que estaba equivocado. Y tampoco puedo hacer nada por abortar los manejos de la organización de espionaje que opera en nuestro país.

Burgwin, sin replicar, echó apandar a través del ancho pasillo formado por los toneles y las cajas. Su paso era firme decidido; el paso propio de una persona que sabe dónde va y lo que quiere.

Cameron empezó a mirarle con cierta desconfianza al verle golpear la puerta con el puño.

La gruesa hoja se abrió inmediatamente tras la habitual sucesión de ruidos producidos por las llaves y cerrojos.

Raúl Backer, Burgwin y su «doble» se dirigieron en grupo hacia él. El «Buitre» portaba en su diestra una pistola, que apuntaba al pecho del agente.

—¿De forma que el pájaro ha cantado? —comentó Backer.

—Desde luego. El hombre se ha explicado a gusto.

—Siempre preferí la violencia para hacer escupir a un hombre lo que interesaba saber de él. Pero he de reconocer que sus métodos dan excelentes resultados.

A Cameron se le crisparon los puños. Hasta clavarle las uñas en las palmas de las manos. ¿De forma que todo obedecía a un plan deliberado para hacerle confesar todo cuanto les interesaba saber? El senador Burgwin era el auténtico jefe de la banda. Y él se había confiado como un colegial enamorado, creyendo de buena fe en las tribulaciones del senador.

—Es un agente del

F. B. I.

—dijo el senador, señalándole.

Backer abrió tres palmos de boca.

—¿Un agente federal? ¿Desde cuándo pertenece Joe a...?

—No se trata de Joe Morris Este murió en la prisión de Fresno.

La boca de Backer se amplió un par de palmos más.

—No lo entiendo.

—Te lo explicaré arriba. Hemos de tomar una determinación, y pronto. La intromisión de este hombre complica un poco las cosas para nosotros, Tenemos que quitarlo de en medio. Antes que la jauría de federales se lance tras de nosotros.

El falso senador lo maniató sólidamente a una indicación de Burgwin.

Salieron todos, dejándole sumido en sus reflexiones.

Distrajo su atención un ruido que se dejó oír de pronto en el tragaluz. Miró el pequeño rectángulo enrejado. Y sintió que el corazón le daba un vuelco. La dulce carita de Cathy, un poco más pálida que de costumbre, permanecía apoyada contra los barrotes en cruz.

—Joe —murmuró—. ¿Estás bien, Joe? ¿Puedes oírme?

—Perfectamente, Cathy —respondió en el mismo tono quedo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Sabía que ibas a dar la cara al peligro. Tú mismo lo dijiste. Un peligro en el que un ochenta por ciento de las posibilidades iban a estar en contra tuya. Ordené al taxista detenerse en la primera esquina. Así pude ver cómo caías en poder de Stuart y Vane. Os seguí.

—Me han atado las manos. No podemos hacer nada, Cathy.

Están deliberando acerca del método más práctico para liquidarme sin dejar la menor huella. Vete. Ponte a salvo antes que sea demasiado tarde. Si te descubren...

—No estoy sola. Joe. Jimmy está conmigo. Envié al taxista al New Hotel a buscarle. Les esperé en la carretera, lejos de la casa, aunque sin perderla de vista.

Cathy le envió un beso con las puntas de los dedos antes de apartarse del tragaluz.

Cameron se puso en pie. Se encontró de pronto optimista, presa de unos incontenibles deseos de luchar.

Se aproximó a la puerta.

Antes de llegar a ella percibió un ruido seco, mate, escalofriante, que provenía del otro lado de la sólida hoja de gruesas tablas de roble.

Se dejó oír la curiosa sinfonía de los cerrojos y las viejas cerraduras.

La puerta se abrió y Jim penetró como una tromba en el interior de la bodega.

Cameron adelantó las manos y el hermano de Cathy cortó las cuerdas con una afilada navaja.

—¿Cómo has podido entrar y llegar hasta aquí sin ser descubierto?

Jim hizo un gesto ambiguo con los hombros.

—El oficio. ¿Sabes? Sería capaz de colarme en el Senado y limpiar los relojes de todos los senadores en el transcurso de una de sus reuniones.

—Te creo, Jim.

Lo dijo con plena convicción. Completamente seguro de que Jimmy Rhodes era capaz de eso y otras cosas más difíciles todavía.

Empuñó el revólver que le ofrecía.

Al salir tropezó con un cuerpo entre el primer escalón y la entrada de la bodega. Era Vane.

Le palpó el rostro. Estaba frío como un mármol.

—Déjalo, Joe. No nos molestará. Lo he dormido para rato de un culatazo.

—Le has dado una licencia demasiado larga. Está muerto.

—Bueno; no estoy muy práctico en eso de repartir culatazos. Se me fue la mano.

Ascendieron lentamente la empinada escalera.

Jim lo condujo a la última planta a través de las dependencias destinadas a la servidumbre. Todas vacías, sin señal de estar habitadas. Burgwin debía prescindir de toda clase de servidores que no fuera el «Buitre» y su menguada pandilla.

Se pararon de pronto en el centro de un corredor. Las voces de Burgwin y sus secuaces resonaban cerca.

Repentinamente se abrió una puerta. Stuart desembocó en el pasillo. De cara a ellos.

Permaneció inmóvil un instante, paralizado por la sorpresa. Como si se negara a dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos.

Jim abrió fuego sin vacilación.

Stuart gimió sordamente al recibir el plomo. Retrocedió rápido, oprimiendo el hombro herido con su diestra.

El agente corrió a la puerta. La abrió de una patada, lanzando al herido Stuart al centro de la estancia. Se detuvo en el vano, observando durante una fracción de segundo las reacciones de los cuatro ocupantes del despacho.

Burgwin buscaba un arma en el cajón central de la mesa. El «Buitre» acababa de empuñar la negra «*Parabellum*» que portaba en la funda sobaquera. Stuart permanecía inmóvil en el suelo, gimiendo sordamente. Y el falso senador se afanaba por sacar un ametrallador «Thompson» de mueble librería.

El revólver de Cameron vomitó su carga de fuego y plomo.

Backer acusó con una blasfemia la perforación de su mano derecha. Dejó caer el arma como si estuviese al rojo vivo y se oprimió la mano herida contra el pecho.

El falso Burgwin se paralizó. Y el senador elevó los brazos, desistiendo también de empuñar su arma. Estaba blanco como un sudario. Su mente era capaz de planear los más audaces robos y los asesinatos más despiadados. Pero no era un hombre de lucha.

Cameron avanzó a su encuentro. Con parsimonia. Recreándose en la derrota de los otros.

—Es usted un cobarde, Burgwin —siseó—. Mil veces peor que los hombres que le sirven. Ellos dan la cara. Se exponen a recibir plomo al mismo tiempo que lo dan. Pero usted... rata asquerosa.

Le abofeteó. Sintió de pronto la necesidad de hacerlo. Y no quiso esforzarse en reprimir sus impulsos.

Jim abrió la ventana.

—¡Cathy! —gritó—. Ya puedes subir. El campo está despejado. No hemos tenido ni para empezar.

Cameron descolgó el teléfono. Sin dejar de apuntar a los hombres. Marcó el número que le pondría en comunicación directa con el inspector Butcher.

Apenas emitió el primer timbrazo, cuando la voz del inspector resonó en el auricular.

—¿Es usted, Cameron?

—El mismo, inspector.

Se lo contó todo. Sin omitir detalle alguno. Al acabar, el tono de Butcher sonó ligeramente cambiado. No podía ocultar su satisfacción por los resultados obtenidos.

—Espere ahí, Cameron. Me pongo en camino inmediatamente.

—Envíe algunos agentes a casa de Chan So Kee, inspector. Mi misión no quedará cumplida si ese hombre escapa. Y no me gusta dejar sin terminar las cosas que comienzo. Ese hombre tiene los planos. Lo más seguro es que intente una fuga precipitada. Seguro que la ha intentado ya. La muerte de Wong le habrá puesto sobre aviso.

De acuerdo, muchacho. Hasta pronto.

Colgó el aparato y se volvió.

Cathy permanecía en el vano, mirando en silencio la escena. Le sonrió al mirarla. Como solo ella sabía hacerlo.

Cameron se volvió a Jim para decirle:

—Cuida de esos pajarracos. No descuides ni un momento la vigilancia.

Jim dio su conformidad con un gruñido.

—Descuida, Joe.

Tomó a Cathy por un brazo y la condujo al extremo del pasillo. La miró a los ojos fijamente al decirle:

—Tengo algo que confesarte, Cathy. No soy Joe Morris.

—Lo sé. Me di cuenta desde el primer momento. Pero preferí seguirte la corriente, hasta descubrir tu juego. Ahora ya lo conozco. Eres un agente del

F. B. I.

El joven se sonrojó ligeramente.

—Siento lo ocurrido, Cathy. Me duele haber tenido que

engañarte. Mejor dicho, haber intentado engañarte.

—¿Por qué? No ha habido nada reprochable en tu conducta. Has respetado las diferencias de... Bueno; tú me comprendes.

Dejó transcurrir una pausa antes de inquirir:

—¿Dónde está Joe?

—Murió. También siento tener que darte esta mala noticia.

Cathy agachó ligeramente la cabeza:

—Quizá pienses que soy una egoísta o algo mil veces peor, pero no puedo decir que su muerte me cause una gran pena. Era...

—Era un criminal empedernido. Dios le haya perdonado.

Nuevo silencio.

Cameron enlazó los brazos de la joven y la atrajo hacia sí.

—Quiero decirte algo, Cathy.

—¿Qué...?

—Cameron. Cameron Long.

—¿Qué quieres decirme, Cameron?

—Pues... Bueno, es un poco difícil. Comprendo que, además, no es el momento más oportuno. Chan So estará prevenido después de lo ocurrido a su sicario. Es posible que no volvamos a vernos más, al menos en este mundo. Será quizá tejer un sueño que jamás llegará a realizarse. Pero tampoco me gustaría dejar esta vida sin decirte que... que te quiero.

Cathy se abrazó a él impulsivamente. Apretó la cara contra el rojo pecho del hombre y sollozó en silencio.

—No obres como un suicida cuando vayáis en pos de ese chino. Es mil veces peor que un centenar de «Buitres» juntos. Y yo... sentiría mucho que...

Le alzó la cara. Y la besó.

Ella le devolvió la caricia.

—Esto significa que tú...

—Sí. Cameron. ¿Por qué crees que no quise dejarte en la estacada?

—No llegué a sospecharlo siquiera. Pensé que lo hacías por fidelidad a tu esposo.

—Estuve varios meses de «taxi-girl».

Aquello era un infierno, Cameron. Cualquiera se creía con derecho a proponerte lo más deshonesto. Joe me hizo pensar en una vida

mejor. Un hogar tranquilo y todo eso que añoramos las mujeres. No sabía la clase de individuo que era. Luego... el hogar soñado se convirtió de repente en otro infierno mil veces peor. Hacía mucho tiempo que el amor se extinguió entre los dos.

La volvió a besar. Y se apartó de ella.

—Volveré, Cathy. Ahora más que nunca tengo que volver. Por ti y por el honor del

F. B. I.

—No vayas, Cameron. Tú ya has hecho bastante.

—Es un deber. Y no puedo faltar a él. Ya te irás acostumbrando a ello. Además, quiero convencer al inspector Burdell de que el último de la promoción puede ser en la práctica tan hábil como el primero. Entre otras cosas es una cuestión de amor propio.

Se lanzó escaleras abajo al escuchar los frenazos de los coches policíacos. El inspector Butcher penetró en el «*hall*» seguido de cuatro agentes.

—Buen trabajo, muchacho —le espetó a guisa de preámbulo—. ¿Dónde están nuestros dilectos amigos?

—Arriba.

El senador pareció perder todo su empaque al verse con las muñecas esposadas. Quizá había llegado a creerse invulnerable. Y la experiencia sobrecogía su ánimo al comprobar que los tentáculos de la Ley resultaban al final más poderosos que los suyos.

Los presos fueron distribuidos en dos coches, que partieron a todo gas.

Cameron, junto con el inspector y cuatro agentes más, se instalaron en el otro.

Cathy se asomó por la abierta ventanilla.

—Buena suerte, Cameron. Estaré en el «New Hotel». Todo el tiempo que quieras. Quizá comprendas al final que todo lo que te liga a mi es una simple ilusión pasajera, fruto de las circunstancias especiales que nos ha tocado vivir. Si es así, no vaciles en decírmelo. Aunque sí puedo decirte que yo siempre...

No la dejó proseguir.

—Iré a buscarte, Cathy. Espérame.

Jim observó el gesto de su hermana, que miraba alejarse el coche.

—¿Qué te ocurre, Cathy?

—Ese muchacho, Cameron, va quizá al encuentro de la muerte.

Jim esbozó una maliciosa sonrisa.

—No creo que le pase nada malo. Y encontrará a su hombre. ¿Recuerdas la llamada que efectué antes de emprender la marcha para venir aquí? Sabía lo que ocurriría con Chan So. Y tomé las medidas oportunas para que no escape a la acción de la justicia. Tengo amigos, Cathy. Entre todos formamos una especie de asociación de granujas. No hubiesen intentado nada contra el «Buitre» y su pandilla. Pero con Chan So Kee es diferente. Se trata de un maldito espía. Y ellos, mis amigos, también son americanos. Claro que la tarea de arrancarle los colmillos es de la exclusiva incumbencia de:

F. B. I.

VIII

CAMERON indicó al conductor la casa de Chan So. El coche se detuvo blandamente frente a la fachada. Un agente se aproximó a ellos, viniendo de la acera fronteriza, donde había montado la guardia.

—Nadie ha entrado ni salido de la casa, señor —dijo—. Ignoro si el pájaro ha volado o se encuentra en el interior.

—Bien, tu misión aquí ha terminado, Barrus. Venga conmigo, Cameron —ordenó al joven—. Vosotros esperad aquí. No acudáis más que en el caso de que se arme jaleo.

Atravesaron despacio la acera, fijas las pupilas en las cerradas ventanas y empuñadas las automáticas en los bolsillos.

La tienda estaba cerrada. La tupida verja de hierro apenas permitía distinguir los objetos expuestos en el escaparate.

Subieron la escalera. Cameron sacó la pistola y presionó Ja puerta.

La hoja cedió, abriéndose unas pulgadas La abrió de una patada, presto a repeler cualquier agresión.

El breve pasillo aparecía desierto.

Penetraron en la habitación donde Long sostuviera su primera entrevista con el chino. Desierta también.

Sus miradas recorrieron con avidez todos los ámbitos de la estancia.

El inspector se arrodilló, examinando un trozo del suelo, más limpio que el resto. Alguien había fregado recientemente aquella parte de la tarima.

Frunció el entrecejo. Entre las uniones de las tablas quedaban minúsculas partículas de algo rojo. ¡Sangre!

Salieron a la galería y por ella, al patio. Ya no les cabía la menor

duda de que el pájaro había levantado el vuelo, dejando tras de sí un nuevo crimen.

Destaparon el pozo, convertido de pronto en una especie de siniestra morgue.

Rechinaron los dientes de los dos hombres. Las ratas habían limpiado el esqueleto del viejo Chris. Loui Wong aún conservaba jirones de carne sobre sus huesos. Y sobre los dos cuerpos, con el mango de un cuchillo asomado sobre su bien formado pecho, la rubia Judy esperaba en aterradora inmovilidad su turno para servir de alimento a los voraces roedores.

Volvieron a colocar la oxidada tapa de hierro.

—Será menester acabar con esas asquerosas ratas para poder retirar los cadáveres.

Cameron no replicó nada.

Se encaminaron a la escalera que comunicaba el patio con la galería. A través de los cristales divisaron un rostro oriental, contraído en una mueca de infinito sadismo.

Se lanzaron en plancha al suelo, cada uno en distinta dirección, sincronizando tácticamente el movimiento. Casi al mismo tiempo brotó el fogonazo del arma que empuñaba el chino. Rodando sobre sí mismos, huyendo de los zumbantes proyectiles que se incrustaban a su alrededor, levantando minúsculos surtidores de tierra.

El inspector se apoyó sobre un codo y disparó a su vez.

El primer balazo atravesó la garganta del oriental, que inició una exótica danza. Se precipitó de pronto contra las cristaleras de la galería. Las débiles y resacas tablas cedieron a la presión y el chino cayó al patio en medio del estrépito de cristales al romperse.

No se molestaron en auscultarlo.

—Lo siento —musitó el inspector—. Hemos perdido una buena información acerca del paradero de Chan So. ¡Ese maldito demonio amarillo!

Cuando salieron a la calle, la gente comenzaba a apolotonarse frente a la tienda, atraída por el ruido de los disparos.

El inspector ocupó su asiento, ordenando al agente Barrus montar la guardia hasta la llegada del forense y las autoridades judiciales.

Cameron, decepcionado por la ausencia de Chan So, puso un pie sobre el estribo. Alguien le golpeó en un hombro. Se volvió y miró

el rostro del hombre que acababa de llamar su atención. Un rostro innoble.

—¿Qué le ocurre, amigo? —le increpó.

—¿Amigo? Ni ganas. Escuche y calle. Chan So salió hace una hora larga en automóvil. Tomó la carretera nacional 101 Deténgase en el primer surtidor de gasolina de la misma. Allí le proporcionarán nueva información acerca de su hombre.

Le miró. Perplejo.

—¿Eres... del

F. B. I.?

El otro escupió despreciativamente a un lado.

—El diablo me libre. Soy un amigo de Jim Rodes. Estuve en la guerra. Y no me gustan los espías.

Se alejó sin despedirse.

El vehículo atravesó a buena marcha las calles de San Francisco, enfilando la 101 nacional. Apenas frenaron frente al surtidor, un individuo desharrapado se aproximó a la ventanilla.

—El cara de limón ha tomado un camino que se abre a la derecha de la carretera, a quince millas de aquí. Conduce a la costa. Hay varias quintas de recreo en esa zona, aisladas unas de otras. Alguien les dirá exactamente en cuál de ellas se encuentra.

Se apartó sin darles tiempo a agradecerle los informes.

Tomaron el camino a la derecha. El piso era de tierra, pero se hallaba en magníficas condiciones.

Había una ligera bruma en la parte de la costa.

Recorrieron cuatro millas a buena marcha. Al doblar un recodo del camino, vieron a un individuo parado en el centro del mismo.

Otro enlace de Jimmy.

Se aproximó a la ventanilla y saludó llevándose la diestra al raído sombrero.

—El camino termina un par de millas más allá. En plena costa. Cerca de la playa verán una quinta de recreo. Pequeña. Allí se encuentra Chan So Kee. Ándese con cuidado. Le acompañan cuatro hombres.

—Gracias, amigo.

—No me llame amigo. Es difícil que lleguemos a serlo nunca.

El hombre se alejó a buen paso, perdiéndose pronto de vista.

Cameron se acomodó en el asiento, junto al inspector.

—Ya lo oyó, Butcher. También los miembros del pequeño mundo de la delincuencia se sienten solidarizados con las fuerzas de la Ley cuando se trata de defender los intereses de la nación.

—Desde luego. En cierto modo, nos están dando una lección. Bien; le prometo que la próxima vez que me roben la cartera no intentaré nada por detener al ladrón.

El camino, en su final, se confundía con una amplia explanada cubierta de hierba. Vieron la casa, rodeada por una coquetona verja de madera asentada sobre bloques de cemento. Las flores crecían con profusión, aunque sin orden en la franja de terreno que separaba las fachadas de la verja.

Cameron fue el primero en apearse. Descorrió el pasador que cerraba la puertecilla de la verja y se dispuso a caminar hacia la casa.

El disparo partió de una de las ventanas del piso alto. Cameron sintió la corriente de aire expandida por el proyectil rozarle la sien derecha.

Y antes que acabara de tumbarse buscando la protección de los bloques de cemento, una onza de plomo le golpeó el hombro izquierdo.

Rechinó los dientes con furia. La herida no le dolía demasiado. Pero sentía correr la sangre por el brazo y por el tórax, empapando su camisa.

Los agentes, a una indicación de Butcher, tomaron posiciones estratégicas, dominando las cuatro fachadas de la casa.

—¡Chan So! —gritó el joven—. Entrégate. Será mejor para ti. No tienes escape.

La voz del oriental se dejó oír:

—Eres un iluso, Joe Morris. Y un maldito traidor.

—No me llamo Joe Morris. Y no soy un traidor. ¡Fu-Manchú, sino un agente federal!

El chino blasfemó en su idioma natal. Como si aquello hubiese sido una señal, los espías iniciaron un fuego graneado contra los sitiadores.

Cameron notó las salpicaduras del cemento arrancado por los balazos.

—Voy a establecer comunicación por radio con los coches patrulleros —dijo el inspector—. Los gases lacrimógenos acabarán

con sus aficiones bélicas.

—No lo haga, inspector.

—¿Qué idea se le ha ocurrido, muchacho?

Cameron no quiso decirle que quería dejar todo el asunto solucionado por sus propios méritos. Aunque al fin y al cabo se lo habían ordenado así al principio. Era una cuestión de orgullo para él. Y era muy obstinado. Los dictados del corazón seguían imperando sobre los del cerebro.

—Usted no conoce a Chan So Kee. Recurrirá al suicidio si se ve perdido. Y su muerte nos cierra la mejor fuente de información. Cubran las ventanas. Voy a derribar la puerta.

Antes que el inspector pudiese replicar, Cameron se lanzó en zigzag por el breve paseillo.

La puerta no resistió la furiosa embestida y penetró hasta el centro del «*hall*» como una tromba. Apenas había recobrado el equilibrio cuando sintió los recios pasos del inspector penetrar tras él a toda velocidad.

—Adelante, Cameron. Ya estamos en plena fortaleza enemiga. Quizá sea mejor así después de todo.

Ascendieron la escalera. Lentamente.

—¿Dónde estás, Chan So Kee? —gritó—. No tienes escapatoria.

No fue Chan So quien salió, sino otro hombre. Chino también. Con las manos en alto. Por la misma puerta surgió también el conductor del negro coche del oriental y tres individuos más, de raza blanca. También con las manos en alto.

Cameron y Butcher avanzaron hacia ellos por el pasillo. Con precaución. Conocían al chino y recelaban una trampa.

Fue el inspector Butcher el primero en tener una noción del peligro. Al final del pasillo se abría una puerta, a la derecha. Y por ella vio aparecer de pronto el largo cañón de un fusil ametrallador.

—¡Cuidado! —gritó—. Todos al suelo.

Sólo dos de los espías consiguieron escapar a la ráfaga, tumbándose rápidamente. Los otros dos y el oriental fueron alcanzados de lleno. El chino salió rebotado contra la pared. Cuando se apartó de ella para desplomarse ya sin vida, una gran mancha de sangre ensuciaba la blanca pintura del tabique.

Butcher y Cameron dispararon al unísono. Un grito de rata asustada escapó de la garganta de Chan So Kee al notar como las

balas le arrebatában el arma de las manos.

Cameron se incorporó con presteza y corrió al encuentro del chino. Cuando llegó junto a él, éste se llevaba a los labios un frasquito de minúsculo tamaño.

Se lo arrebató de un manotazo.

—Veneno, ¿eh, Chan So? Pero no es ése el fin que te reserva el destino. Los hombres como tú deben acabar a manos del verdugo, para que cunda el ejemplo. ¿Dónde están los planos?

El oriental señaló una pequeña mesa de comedor. Estaban allí. Chan So los había sacado de su escondite, destruyendo los artísticos «sulphides».

—¿Qué hiciste con Donald Reed?

—Me limité a golpearlo. Tuvo suerte.

—¿Por qué asesinaste a Judy?

—Se fue de la lengua. Era débil en el fondo. Por eso la sentencié a muerte.

Bajaron, conduciendo los nuevos prisioneros. Con la detención de Chan So Kee y el hallazgo de los planos, concluía la primera aventura del agente Cameron Long al servicio de la Ley. Una aventura difícil y peligrosa, con un premio especial para él a su final; Cathy Rodes.

EPÍLOGO

A través de las declaraciones de Chan So Kee, la vasta red de espionaje, en la que el oriental formaba parte como uno de sus cerebros directores, fue desarticulada en su totalidad por el F. B. I.

Chan So y varios individuos más de la siniestra organización acabaron en la cámara de gas. Sobre el resto de los componentes recayeron diversas penas de prisión, conforme a su culpabilidad.

El mismo trágico final cupo a la banda de Burgwin. Éste y Backer concluyeron sus días en la cámara de gas.

Los planos fueron adquiridos por el Gobierno. Los técnicos, luego de estudiarlos, declararon que el invento de Carrefour era de transcendental importancia para el desarrollo de la aeronáutica atómica.

El inspector Burdell no salió de su asombro cuando tuvo conocimiento de lo realizado por el agente Cameron. Éste acababa de demostrar que para ser un buen agente no es forzosamente necesario poseer más cabeza que corazón, en contra de las teorías sustentadas por el inspector. A pesar de todo, se limitó a comentar con su laconismo habitual:

—Para tratarse de un novato, y el último de su promoción por añadidura, no está mal del todo. Pero el triunfo, el verdadero triunfo, pertenece por entero al F. B. I.

El inspector Butcher apadrinó la boda de Cameron y Cathy Rodes. Fue un día memorablemente feliz para todos. Sólo Jimmy Rodes no participó enteramente de la alegría general. Accionaba los brazos de continuo, nervioso y contrito, y susurraba por lo bajo:

—Es lo único que me faltaba. ¡Un agente del F. B. I., en la familia!

FIN



EDITORIAL ROLLAN

PRECIO DE ESTE VOLUMEN

Siete pesetas

